



*Marta
y Jorge*

CONSTANCIO C. VIGIL

Marta y Jorge



Décimotercera edición
Corregida por el autor.

Ilustraciones de Federico Ribas

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ESTE LIBRO

Me llamo "Marta y Jorge" porque el hombre que me escribió tenía dos hijos con estos mismos nombres. Los tenía... Ya no los tiene...

No están más en la tierra; no puede decirles a ellos estas cosas, y habla para ustedes.

En cada niño ve a Jorge; en cada niña ve a Marta. ¡Es la única manera como puede consolarse de su pena!

Es un hombre ya viejo que desea, más que todo, que ustedes sean felices.

Procuró no hacer en su vida daño a nadie; se esfuerza en ser siempre útil a sus semejantes. Trabaja todos los días, trabajó siempre.

Unas veces escribe; otras veces se dedica a su jardín.

Ama mucho a los árboles, que también son como niños.

Cuanto más viejo es, más se convence de que la alegría más grande consiste en trabajar en lo agradable y cumplir nuestro deber.

No ha conocido a ningún malo dichoso; a ningún holgazán sano y alegre.

Ustedes tampoco los encontrarán.

Yo les ayudaré a comprender mejor la vida y a ser un poquito más buenos, es decir, un poquito más dichosos cada día. Porque la bondad y la dicha no pueden separarse.

En mí hablan los seres y las cosas como hablarían si tuvieran alma.

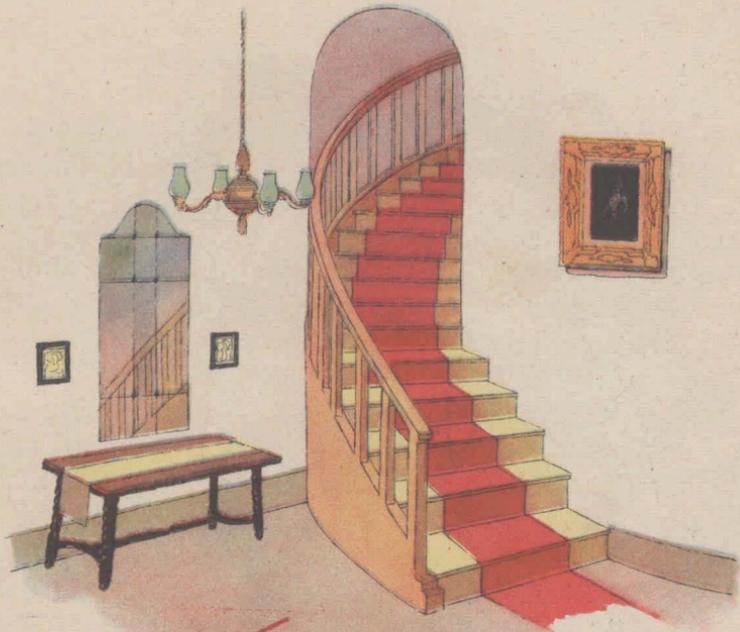
Si ellos pudieran hablar, no cabe duda, dirían más o menos lo que está escrito en mí.

Después de leerme, pensarán ustedes en lo que dicen las otras cosas y los otros seres que no figuran en mí. De esta manera desarrollarán la inteligencia y la sensibilidad, y adquirirán aptitudes de observación y de reflexión que les serán de suma utilidad durante toda la vida.

Así aprenderán a amar y también serán amados.

En cada una de mis páginas hay un beso para ustedes del hombre que me escribió.

Y lágrimas de ternura, porque los quiere lo mismo..., lo mismo..., que si fueran Marta y Jorge.



LA ESCALERA

Al mirarme, piensa, niño, en tu vida. Yo quisiera que mirases tu vida cual si fuese una escalera.

Mis escalones son como las horas de tu día, como los días de cada mes; como los años de tu existencia.

¡Sube, escalón por escalón, con paso firme! ¡Sube con tus ideas y con tus sentimientos! Aprende lo que te enseñan, corrige tus defectos, procura valer más y ser un poco más bueno cada día.

Así, cuando te duermas cada noche, podrás pensar que subiste los escalones de tu día y que mañana serás mejor que hoy; cada mes habrás ascendido en tu valer un poco más; cada año te sentirás a mayor altura por tus merecimientos.

Quando seas grande, por haber crecido tu cuerpo, te sentirás grande también por haber ascendido en la escalera de la vida hasta la bondad y la sabiduría.



EL MOSQUITO

Por mí sabe la gente que no hay enemigo pequeño. Hay que ver con qué rapidez agujereo la piel de una persona, hundo mi trompa en la carne y chupo la sangre. Comprendo que esto es bastante cruel, pero necesito hacerlo para alimentarme. Además, la gente no me guarda consideración de ninguna especie.

Como esta misma trompa la introduzco en seres sanos y enfermos, llevo, sin querer, adheridos a ella los gérmenes de enfermedades y los trasmito de un ser a otro.

Me conviene que la víctima esté dormida; para saber si está dormida, zumbo anunciando mi proximidad. Si se mueve al oírme, huyo, me poso en algún lado y espero. Luego, vuelvo a la carga; al fin, consigo mi objeto sin peligro.

Deposito los huevos en el agua estancada; de ellos nacen mis larvas que viven en el agua hasta que se convierten en mosquitos como yo y pueden volar.

Mientras fui poco conocido por el hombre disfruté de relativa tranquilidad. Ahora soy perseguido... ¡En algunas regiones se me ha declarado guerra a muerte!... ¡Es horrible pensar en un mundo sin mosquitos!



POLICHINELA

Largo rato divertí a mi dueña con mis piruetas y tocando los platillos. Cuando se cansó de mis gracias quiso meterme en este cajón y lo cerró de golpe, sin fijarse en que mi cuerpo quedaba colgando como de un balcón y tan apretado que apenas puedo moverme.

¡He tirado más puntapiés de fastidio!...

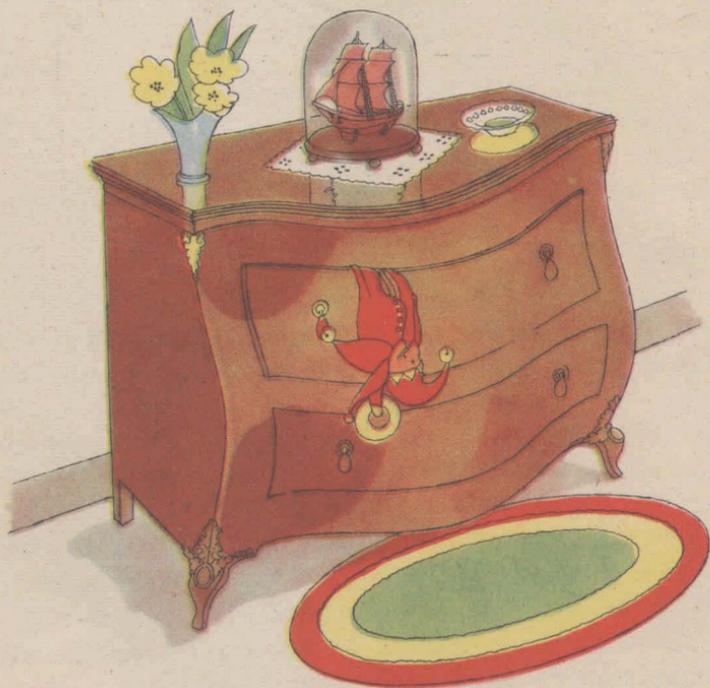
¡Ya ven las injusticias de la vida! ¿Tengo la culpa de que mi dueña sea una distraída?

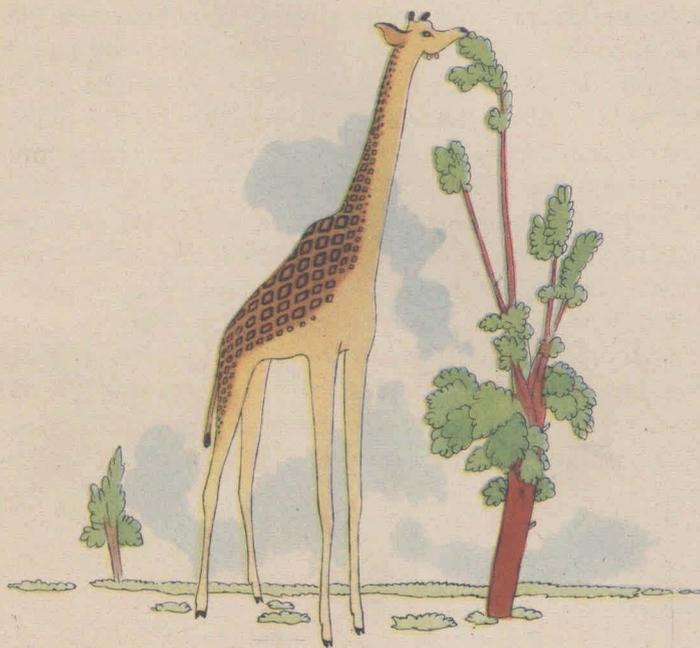
¿Es razonable que un hombre que trabaja pase de esta manera sus horas de descanso?

Al pensar en todo esto, la sangre se me sube, digo, se me baja a la cabeza.

Si no fuera porque quedóme un brazo también muy apretado, tocaría los platillos para llamar la atención de la mucama... Aunque... ¡buena es la mucama!... ¡Con decirles que ha tenido la osadía de barrerme con la escoba!... ¡A mí, barrerme como si fuese basura!

Toda mi esperanza está en la abuelita. Es una señora bondadosa, que comprende lo que es una persona que trabaja y que no desprecia a nadie. Cuando ella me sentó en el sofá el domingo, me pareció estar en la gloria. Tiene la mano muy suave y sus ojos me miran con dulzura incomparable. Seguro que vendrá por su tejido y me libertará de este tormento. ¡Además, estoy harto de tener los platillos en la mano!





LA JIRAFÁ

Antes el mundo era inmenso. Podía caminar y correr el día entero, y el mundo no se acababa. Después... Paseaba tranquilamente una mañana. Tomaba sol y comía las más altas, las más nuevas y tiernas hojas de los árboles... De repente, me cubrieron con algo la cabeza y se hizo noche; me sentí imposibilitada para caminar; todo mi cuerpo temblaba. ¡No veía nada y me sentía mareada y enloquecida!

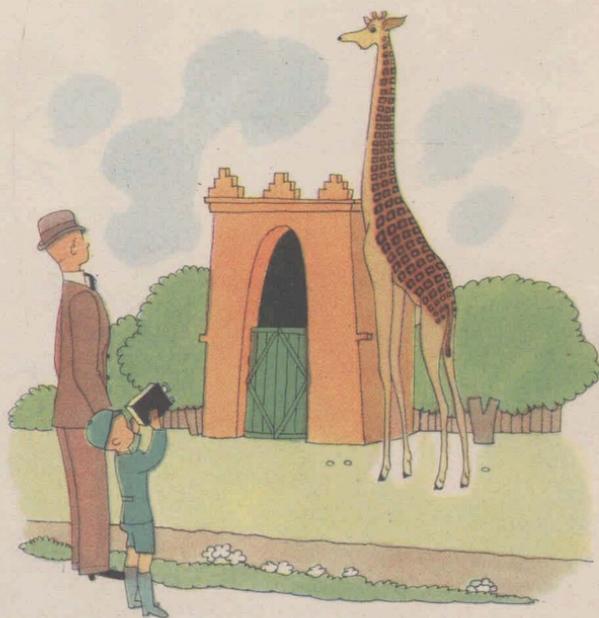
¡Qué chico es ahora el mundo!... En cuatro pasos voy de un extremo al otro.

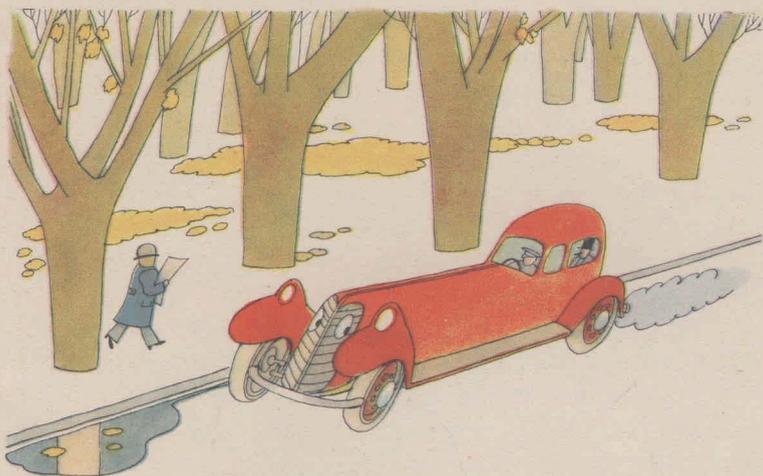
Las otras jirafas han desaparecido. El río se ha secado. Los árboles de verdad no existen ya. Estos que quedan... ¡son árboles pintados!... No los puedo tocar; no alcanzo a una sola de sus hojas.

El largo cuello y las largas patas ya no me sirven para nada. ¿Para qué quiero ahora mi lengua de sesenta centímetros de largo?

Vienen por aquí muchas personas y sobre todo niños, para ver la fotografía de una ciudad que hay en mi piel y que dicen que fué tomada desde un avión.

Me duelen los ojos; me duele toda la cabeza.





EL GORRION



Vida penosa, por cierto, la vida de ciudad, porque cada día hay menos caballos y, por consiguiente, menos alimentos encontramos.

Las cosas mecánicas no sirven más que para hacer ruido. A mí me gusta lo antiguo.

Los camiones viejos con las tablas del piso separadas son mejores que los nuevos. Las bolsas de trigo y de maíz, cuanto más viejas y con más agujeros, más lindas son.

Para nadie es más verdadero que para mí el refrán que dice: "Al que madruga, Dios lo ayuda" ¡Vaya uno al puerto o a la estación del tren a recoger un grano a mediodía!

Yo sé la hora en que las personas de cada familia salen de sus dormitorios, y recorro tranquilamente

los jardines, los patios y hasta las cocinas, si no hay gato, antes de que nadie se levante de la cama.

Conozco a quienes pueden hacerme daño y a los que son amigos míos.

Hay niños que usan hondas para asesinarlos. Hagan el favor de decirles que no cometan semejante maldad, de la que no sacan el menor provecho.

Otros niños, muy buenos, cuando van a la plaza nos llevan alimento.

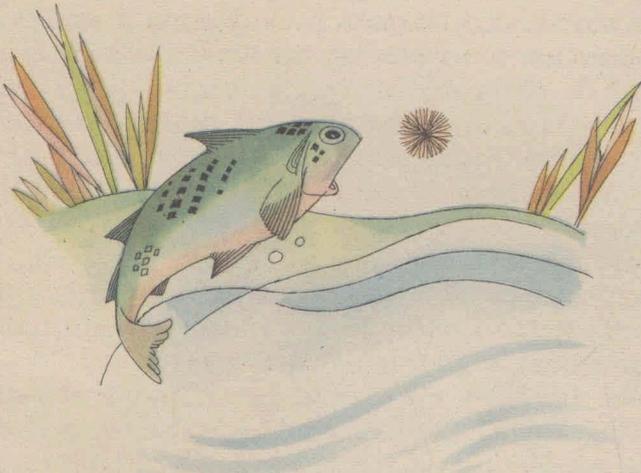
Se nos acusa de infinidad de delitos. Ya lo sé. Por eso ando con cautela y huyo ante el menor peligro.

Más de una vez me he preguntado si tendrán razón para acusarnos; si seremos los gorriones verdaderos bandidos, como se dice.

Nuestra culpa es la de todos: comer.

¿Quién escaparía de pena si un tribunal condenara a los seres por semejante delito?





LA SEMILLA DE CARDO

Me llaman "el panadero" porque me parezco a un pan moreno.

Después de viajar leguas a través de infinitas dificultades he llegado a este parque tan hermoso.

Cuando caí de la planta estuve en un tris de que me comiera una paloma. No me vió porque estaba debajo de una hojita. Después vino una perdiz, y me salvé en igual forma.

Estas largas hebras blancas que forman mi vestido no solamente me sirven de adorno, sino también de alas, porque con ellas vuelo grandes distancias con suma rapidez.

Al otro día de separarme de la planta sopló viento, me levantó del suelo y me trajo en dirección al sur. Cesó el viento y caí en la orilla de un arroyo.

Permanecí allí tres días, en peligro de ser devorada.

Al amanecer del cuarto día comenzó el viento a

moverme y me remontó a gran altura... Volaba como un globo, vertiginosamente. Debajo de mí pasaban poblaciones, arboledas, ganados, ferrocarriles... —¿Adónde iré a parar?— me preguntaba. Y seguía siempre volando, de repente muy cerca de las nubes, de pronto casi rozando los campanarios... Fué un viaje emocionante, del que conservaré indeleble recuerdo.

Finalmente he llegado a este hoyito, donde estoy muy a mi gusto. Un poquito de tierra que cayera sobre mí me alcanzaría para germinar y convertirme en una planta vigorosa.

Mis tallos y mis hojas servirían de alimento para el ganado. Daría después esas hermosas flores azules que convierten la leche de vaca en sabrosa cuajada.

Las semillas de esa planta serían iguales a mí: nutritivas y ricas en fino aceite, grandemente apreciadas por las aves silvestres.

Pero... allí viene un pajarraco. Mira demasiado al suelo, se mueve con excesiva ligereza... Golpea con su pico hasta los guijarros... ¿Cómo salvarme?...

¡Si alguien tuviera la bondad de ponerme encima alguna hojita o de cubrirme con un puñado de tierra!...





LA PELOTA DE FUTBOL

La primera vez que mi dueño me puso en el suelo y me dió un puntapié supuse que había cometido alguna falta grave y que él estaba enojado conmigo. “¡Buen bruto eres! — pensé. — ¡Vaya una manera de enseñarme!” Pero estaba equivocada. Lo que mi dueño hacía era jugar conmigo. Me obligaba a correr, y luego corría tras de mí para alcanzarme.

Algunos días me llevan al campo. Me esperan allí muchos niños deseosos de jugar conmigo corriendo por el pasto.

Juegan a meterme en una red, como si yo fuese un

pez. Si entro en ella gritan "¡Gol!", y me recogen y acarician.

Al oír el silbato me detengo.

Cierta vez me ocurrió una desgracia. Un amigo de mi dueño me puso en el patio y me dió un puntapié. Por más esfuerzos que hice, no pude evitarlo... Rompí el cristal de la ventana, me introduje en la cocina y caí en la sartén con aceite hirviendo.

La cocinera gritó asustada; después se puso furiosa; pero me salvó de una muerte segura. A pesar de que yo no tuve la culpa, pasé muchos días y noches en penitencia en un rincón oscuro, con las cucarachas y los ratones como única compañía.





L BUEY

Antes que ustedes hayan dejado la cama, ya estoy con mi testuz atado al yugo, junto con mi compañero. Y comenzamos a romper la dura tierra, paso a paso.

La tierra con su pasto natural basta para mi sustento; pero el hombre necesita alimentarse con cereales.

Abrimos los surcos donde se deposita la simiente, de la que nacen el trigo, la cebada, el maíz, el centeno...

El arado pesa mucho, pesa más que una carreta.

Cuesta remover la tierra, romper los recios terrones, pasar la rastra... paso a paso, el día entero, en invierno y en verano.

Toda mi vida es trabajo. Cuando nos desatan la cabeza es para comer y descansar, a fin de prepararnos para la nueva jornada.

Duelmo, frecuentemente, sobre la tierra húmeda, expuesto al viento y a la lluvia, esperando que aclare para volver a empezar . . .

Ustedes cuentan el día por horas; yo, por surcos. Y ni el reloj ni yo nos apuramos. Las horas y los surcos son interminables.

Conozco cuando ha llegado el momento de dejar la labor, al mediodía y a la tarde, y es inútil que el hombre que nos guía pretenda prolongar nuestra jornada.

El cielo no existe para mí durante el día.

Mientras trabajo no veo más que terrones y terrones . . . Luego, al llegar la noche, miro hacia arriba y allá están, . . . convertidos en estrellas.





LA OLLA

Vivo en la cocina de una antigua casa, en medio de la pampa. Me fabricaron de hierro, para que hiciera juego mi color con el de la cocinera.

¡Los días de calor que he pasado en esta cocina de estancia, colgada de la cadena sujeta al techo!

¡Quisiera ver en mi lugar al perro, que se queja de su cadena!

Duermo en vilo, y apenas amanece viene la negra y me llena de agua fresca. ¡Sólo a ella se le puede ocurrir burlarse así de la gente!

En seguida empieza a juntar palitos y, después, enciende un fósforo.

Para engañarme otra vez, hincha la trompa, que parece un embudo, y sopla como si quisiera apagar el fuego.

Se alza una llamarada. Luego, arrima un poco de leña, después otro poco... y en un santiamén me veo en el mismo infierno, envuelta en llamas.

¡Como que traen la leña desde el monte por carradas y ella pone los troncos casi enteros para que ardan y me quemem!

La negra parece muy satisfecha de su obra, y se pone a tomar mate, mirándome de reojo, a ver si me quemo... "¡No te has de ver en ese espejo!", me digo.

Sólo de noche me deja tranquila, aunque más tiznada que ella.

Mientras la negra duerme, me refresco a mis anchas, preparándome para aguantar sus locuras del día siguiente.

Para mí no hay invierno, por culpa de esa mujer. Ha de ser agradable el invierno, ¿eh?

A veces pienso que ella me confunde con un bizcocho, y quiere cocinarme. En este caso, la pobre no tiene la culpa de hacerme sufrir tanto.





LA OVEJA

Podrían llamarme Dulzura, puesto que vivo y muero dulcemente, sin hacer daño a nadie.

¡Me olvidó la naturaleza al dar a cada animal medios para defenderse de los enemigos!

Poco le pido al hombre, y todo me lo quita: la leche, la lana, la carne, la piel...

Pacíamos en el campo, aquí en la Patagonia, cuando nos sorprendió una tormenta.

La nieve empezó a cubrir nuestro cuerpo; luego su peso me hizo doblar las rodillas, y me eché. Siguió cayendo nieve, y me cubrió por completo... ¡Quedé sepultada y viva!

El frío era intenso. La oscuridad no me permitía

ver nada. Sentía sed, y para aplacarla lamía la nieve. Por fin oí ruido de gente... ¡Venían los hombres a salvarnos!

Nuestro aliento formaba agujeritos hasta la superficie, y por esto habían descubierto que estábamos allí.

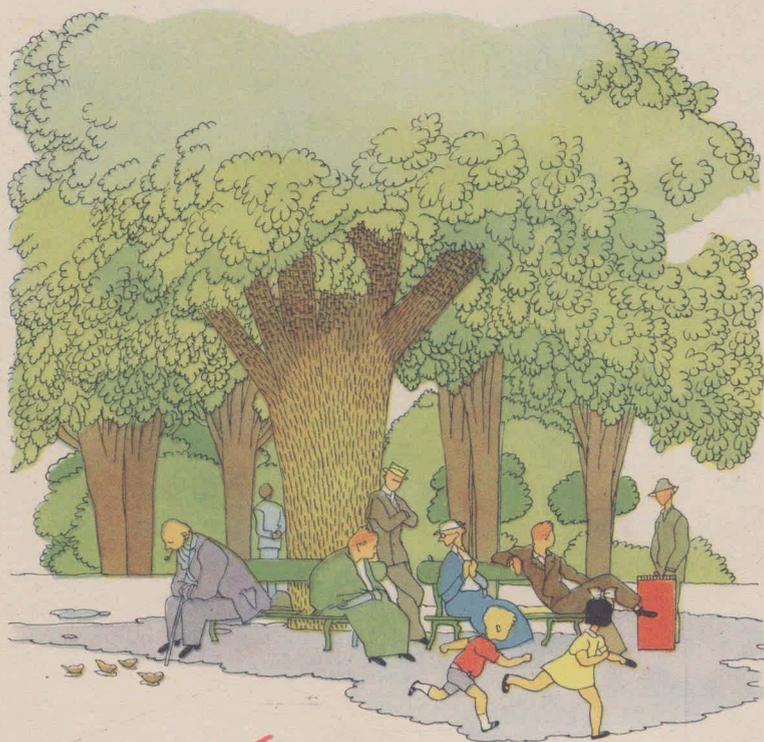
Retiraron la nieve y salí, viva, al sol, aunque tan débil que a duras penas podía estar en pie. De mí no quedaba más que el esqueleto y la lana. Mis compañeras estaban igual que yo.

No sabe lo que es el frío quien no ha estado enterrado bajo la nieve.

...¿Ves? Aquella que me llama es una compañerita mía. No viene porque teme que la mates.

¿Verdad que no?...





EL ARBOL CAIDO

Tócame. Soy duro, ¿eh? Duro, grande, fuerte, vigoroso. ¿Quién diría que soy aquel gigante, señor de la comarca que resistía a pie firme lluvias y vendavales? ... Mis raíces eran recias como los cabos con que se amarran los buques en el puerto ... ¡Estaba tan seguro de que nadie ni nada me sacaría de mi sitio! ...

Nunca tan impetuoso y temible el viento como anoche. Se abalanzó sobre mí, como manada de tigres. Cada zarpazo me hacía temblar y crujir ... Aquellas ramas más altas se doblegaban hasta rozar el suelo ... No había más que una salvación: huir ... ¡Lo imposible para un árbol! ¡Bailaba mi grueso tronco como el

mástil de un buque durante la tempestad!... De pronto, ya no pude aguantar más; saltaron rotas mis raíces y, con un grito espantoso, caí pesadamente sobre la tierra.

Mis hojas palidecen; mis nidos están vacíos, mis ramas se secarán...

¡Necesito que me enderecen y que me pongan en mi sitio!...

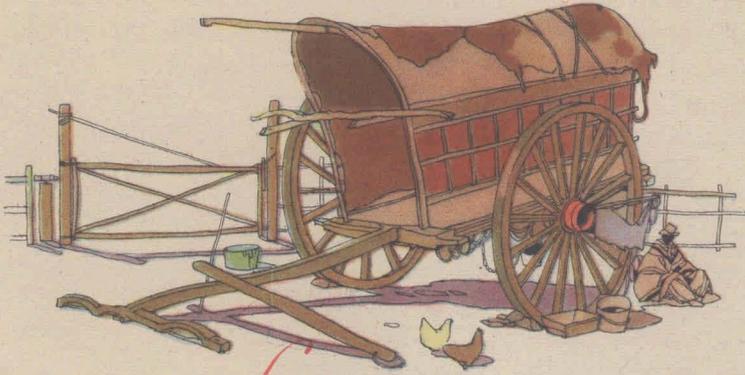
¡Grita, grita que vengan a levantarme!

¡Triste morir de este modo, cuando estoy lleno de vida!

¡Lo siento por los ancianos que descansaban a mi sombra en las tardes ardientes del verano!...

¡Por los niños que jugaban bajo mis ramas!... ¡Por los pájaros que buscaban mi abrigo durante las crudas noches del invierno y en mí criaban felices a sus hijos!





LA CARRETA

Tengo ruedas lo mismo que el automóvil; voy de un punto a otro, como el avión; llevo mercancías, como los vapores. Sólo que ando muy despacio porque me tocan siempre los peores caminos, con barro, zanjas y piedras.

En mis buenos tiempos viajaban en mí las personas. Ibamos desde Buenos Aires a Tucumán o a Córdoba. Tardábamos meses, y había que tener paciencia, porque, como digo, los caminos eran muy malos.

Antes yo llevaba los cueros y la lana, el maíz y el trigo, y me dejaban entrar en la capital.

¡Las veces que he pasado por sus calles más centrales!

A mi regreso al campo era yo quien transportaba las provisiones para los almacenes de la campaña.

¿Se han fijado qué grandes son mis ruedas?...

En el verano marchábamos de noche, porque durante el día los bueyes se fatigaban demasiado con el calor del sol.

¡Era peligroso andar en la oscuridad, con cuatro yuntas de bueyes, a los que no les importaba que yo diera tumbos!

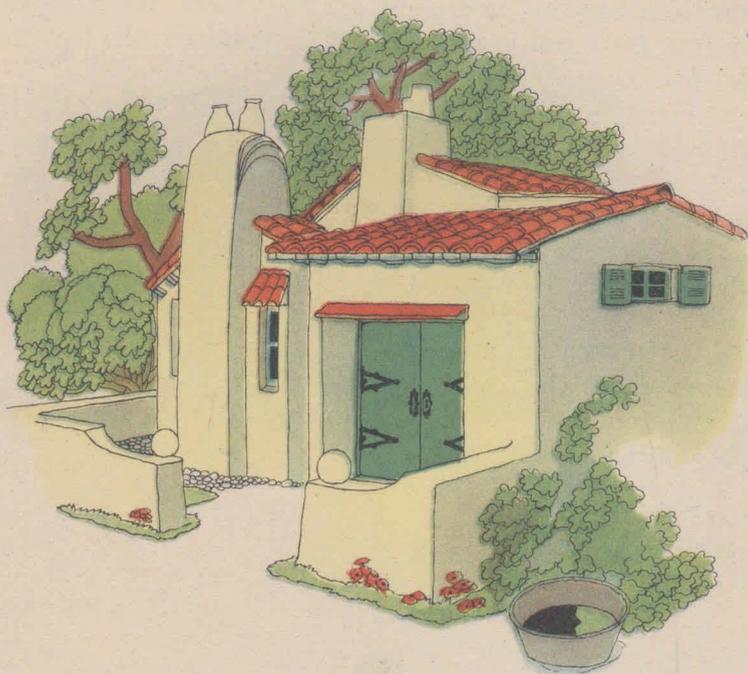
El carretero debía ir a mi lado a caballo, con una picana muy larga; pero después de andar un trecho ataba el caballo a uno de mis palos, se metía dentro de mí y se dormía y roncaba horas enteras mientras seguíamos la marcha.

No hay sueño más duro que el del carretero en viaje. Más de una vez al pasar por alguna zanja honda o por alguna piedra grande... ¡cataplum!... me daba vuelta y quedaba con las tremendas ruedas en el aire. Por el suelo las bolsas de azúcar, los cajones de fideos, los tercios de yerba... ¡Qué enojado se despertaba el carretero y las cosas que decía!...

En aquellas largas marchas a través de la campaña interminable, los bueyes no solamente me arrastraban, sino que también guiaban y, volcada más o menos, lo hacían bastante bien. Al llegar a un pozo o a un fangal ellos apreciaban la dificultad, y si requería la intervención y la responsabilidad del carretero, generalmente se detenían y esperaban. El carretero, habituado a este aviso, se despertaba de inmediato, observaba el obstáculo y guiaba a los bueyes.

Ahora, con un negrito, traemos leña del monte para la casa del patrón. Ya no tengo techo. Tiemblo como si estuviese por caerme... El negrito no se sueña todo lo que yo he andado, todo lo que yo he llevado... ¡Hasta señoritas vestidas de seda!...





LA PUERTA

¿Qué sería sin mí la casa? . . . Una cárcel cerrada, útil para resguardarse del excesivo calor, del frío o de la lluvia; pero en la que nadie podría entrar.

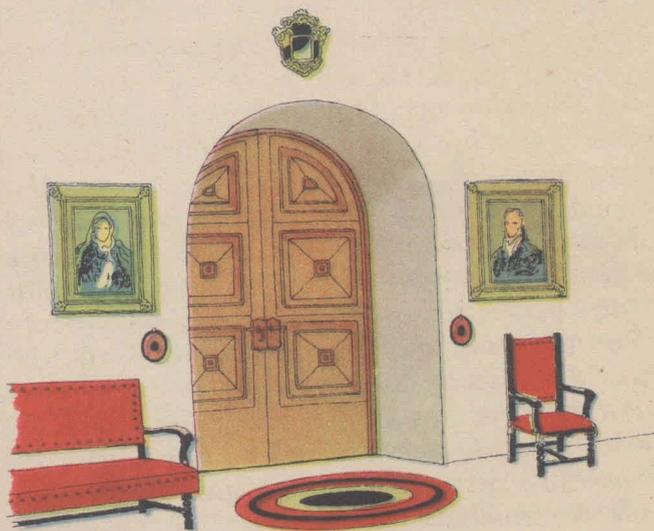
Cerrada para el enemigo, abierta de par en par para el amigo, soy como un buen corazón. El también está siempre abierto para la noble palabra y para el bello sentimiento; cerrado para la violencia y para el odio; sólo da paso al amor.

Así como en esta casa no es posible penetrar por las paredes o por el techo, así también para llegar a la intimidad de las personas no se llega jamás por los agujeros de la simulación, la maldad o la fuerza bruta: hay que entrar por la puerta de la sinceridad, que se

abre suavemente, como me abro yo para dar paso al amigo. De igual modo se alcanza hasta lo más hondo de las almas.

Gracias a mis goznes, ando de aquí para allá y me estoy siempre en mi sitio, en mi ley y en mi camino... Existen, en cambio, personas a quienes, seguramente por olvido, no les pusieron goznes... Se salen de su destino, se extravían y en ocasiones se vuelven tan inútiles como una puerta dejada contra un muro.

El cerrojo es la consigna que recibo. Principalmente de noche, es precioso cumplirla al pie de la letra. ¡Nadie pase! y ¡nadie pasa! El amo duerme y yo velo su sueño.





LA VENTANA

¿Qué sería sin mí la casa? Oscura y sin el encanto que yo le doy parecería una cueva como las habitadas por los animales. Soy la gran diferencia entre la habitación del hombre y la que tienen las fieras y toda clase de alimañas. Ventana significa humanidad en la vivienda; significa arte, adorno, encanto, poesía.

Por el agujero o puerta entran y salen los seres y las cosas: por mí entran y salen las miradas, los deseos, los pensamientos: lo más puro del mundo.

Por mí entran las imágenes, la luz, el aire, la fragancia de las flores: lo más exquisito de la tierra.

Por mí se ven los árboles y las montañas, las plantas y los pájaros, la tempestad y el arco iris.

Soy ojo abierto sobre la inmensidad que rodea la morada del hombre.

Cerrada, dejo pasar, a través de los cristales, la forma y el color de los seres y de las cosas.

¿Cómo puede pensar la puerta que me aventaja?...

Soy el mayor atractivo de una casa.



LA MARIPOSITA BLANCA

Soy muy pequeña, de cabecita velluda, con grandes ojos negros y larguísimas antenas que parecen hechas con puntitos blancos. Mi boca no roe ni muerde, y a pesar de mi aspecto inocente y delicado se me considera el insecto más dañino del mundo.

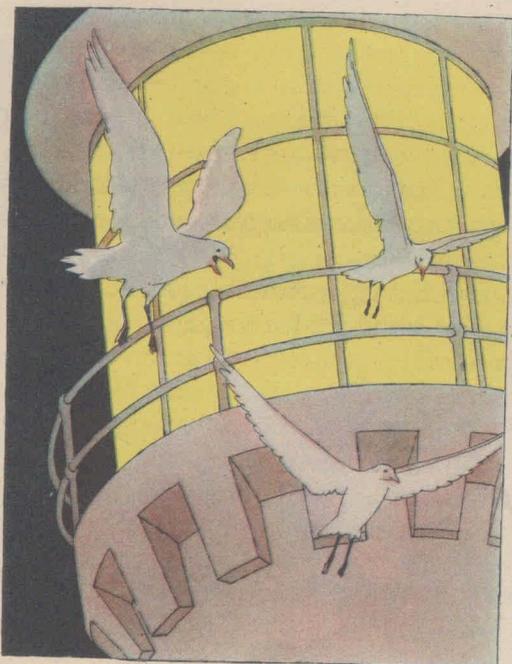
Soy... la polilla, y vacilo en nombrarme por la mala fama que tienen mis pobres hijas. Las dueñas de casa nos han declarado guerra a muerte.

Mis hijas, esas orugas tan habilidosas que tejen su capullo con papel, madera, pieles y tejidos de toda clase, son muchas y necesitan abrigarse. ¡Suerte que no debo yo servirles de modista! Apenas nacen, chiquitas como son, saben tejer perfectamente y muestran una laboriosidad ejemplar. ¡Piensen ustedes en la suma de habilidad y trabajo que representan los preciosos capullos que fabrican!

Dicen que cada país pierde millones de pesos al año por mi culpa... Mi culpa es poner mis huevos en sitio donde los pequeñuelos, al nacer, encuentren alimento y materiales para hacerse la ropa.

Alfombras, telas, libros... ¿qué significa todo eso ante la necesidad de asegurar la existencia de los hijos?

¿Qué madre no lo sacrifica todo por ellos?



L FARO

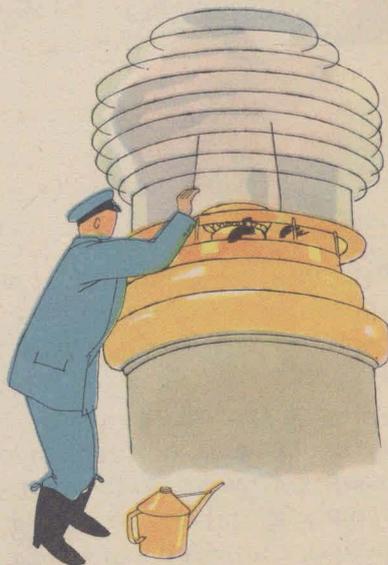
En la inmensidad todo es tinieblas: mar y cielo son iguales. Sin el Sol, durante el día, y yo, en la noche, la oscuridad duraría eternamente. La luna suele alumbrar bien algunas noches; pero no se puede contar con ella; es haragana e informal; nunca se está seguro de sus servicios. Basta una nube para que desaparezca. Pero entre el Sol y yo nos arreglamos para que se distingan y se diferencien los objetos. Si uno de los dos faltara, nadie podría distinguir una ola de una ballena, una roca de un barco, un naufrago de una madera flotando en las aguas; los buques se estrellarían en los escollos o en las costas, y ocurrirían inmensas desgracias.

Nuestra tarea es grave y de suma responsabilidad.

Pero ambos somos puntuales, exactos y prolijos. Por esto habréis observado que en cuanto se pone el Sol, alumbro; me apago yo, y en seguida sale el Sol. Las únicas diferencias entre nosotros son que él alumbraba desde arriba y yo desde poca altura; que él está solo y yo tengo un amigo que me quiere, me cuida y es feliz a mi lado.

Se habla de la terrible soledad del hombre del faro... ¡El hombre del faro nunca está solo! ¡Siempre estoy yo con él! Con solícito cariño me alimenta, me tiene siempre limpio, y hasta me habla y me canta. Al notarme el más pequeño malestar no descansa hasta que me deja perfectamente bien.

Si no pudiera estar conmigo, se apenaría muchísimo; pero yo sufriría más aún, y dejaría de alumbrar.





LA PIZARRA Y EL PAPEL

El Papel. — Detesto, francamente, a la raza negra.

La Pizarra. — Si lo dices por mí... tengo quien me pinte de blanco todos los días.

El Papel. — Y luego te quitan el blanco, y te quedas más renegrida que una olla de hierro.

La Pizarra. — Te equivocas. El domingo pasado estuve blanca todo el día. Además, tú, de noche, eres negro como yo.

El Papel. — De noche... ¿Qué sabes tú lo que pasa de noche?...

La Pizarra. — Pasan los ratones... esos que te comen.

El Papel. — ¡Qué mala eres al recordarme a los ratones!... Yo nunca te hablo de la esponja...

La Pizarra. — Prefiero que ella me friegue y no que, una vez usada, me lleven al cementerio de las cosas.

El Papel. — Me das miedo...

La Pizarra. — Sí, amigo: un cementerio de las cosas. Allí vamos a parar todos nosotros... Ayer mismo, no sé cómo me salvé. Iba en la mano de mi dueño, cuando se encontró con un amigo, y al darle la mano me caí. Suerte que caí de canto... que si no, me convierto en un montón de pizarritas, y después... ¡adiós! ¡Mi vida, útil y alegre, se habría acabado!

El Papel. — Se me ocurre una idea que me evitaría ser convertido en una cosa inútil. Esconder la pluma, volcar la tinta...

La Pizarra. — Claro. Si dejaras de beber, vivirías más tiempo.

El Papel. — ¡Calumnia! ¡Yo no bebo!

La Pizarra. — Así se dice, compañero... Ni pongo ni quito rey.

El Papel. — Di la verdad: ¿tú me has visto borracho alguna vez?...

La Pizarra. — Si no bebes, ¿quién se bebe el vino que ponen en el vaso?

El Papel. — ¡Vino!... Estás loca... Es tinta, más amarga que la hiel... Pruébala y te convencerás.

La Pizarra. — El caso es que a veces te mueves y caes al suelo como un borracho.

El Papel. — No es culpa mía. Es el viento que me mueve.

La Pizarra. — Ya sabes que no me gustan las discusiones. He dicho lo que se dice, y nada más.

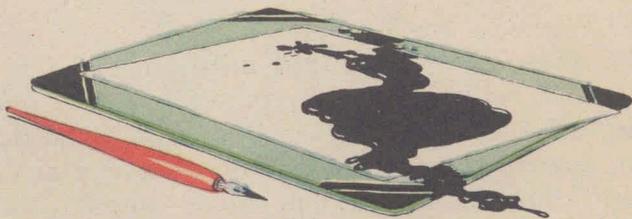
El Papel. — ¡Chist!... Alguien viene. ¡Silencio!

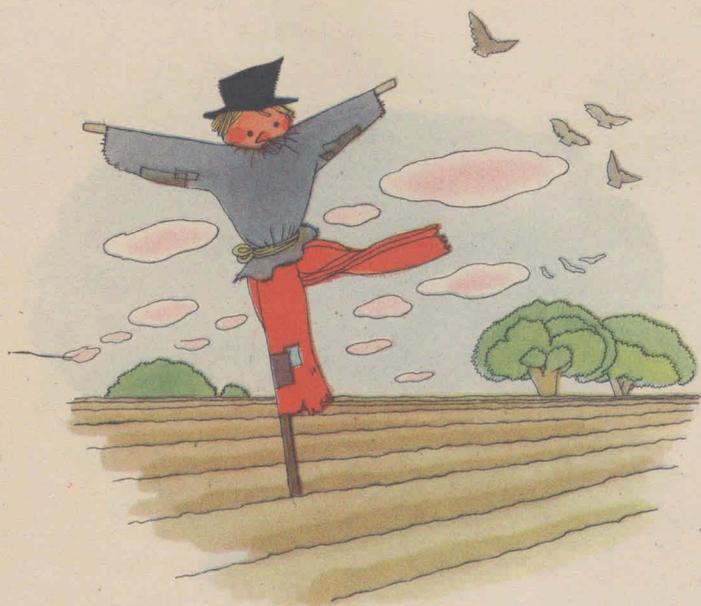
La Pizarra. — ¡Silencio! Si nos oyeran hablar...

El Papel. — Si nos oyeran hablar nos meterían en una jaula como al loro.

La Pizarra. — ¡Chisst!

El Papel. — ¡Chiisst!





EL ESPANTAPAJAROS

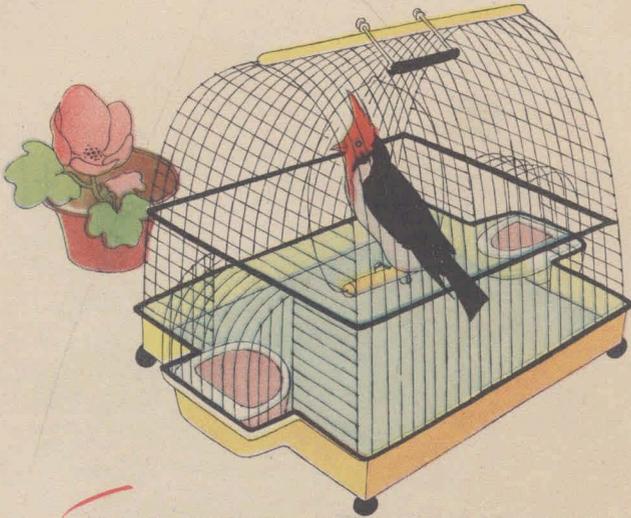
Supongo que soy el único hombre que no come, no bebe, no habla, no camina y no duerme.

Realizo una tarea importante: evito que los pájaros devoren en la huerta las semillas y las pequeñas plantas.

Aguanto a pie firme el frío, el sol, la helada, la lluvia... ¡y nada se me paga por mi trabajo!

Algo muy feo me dicen los pájaros desde lejos; pero me respetan y me temen.

¡Fíjense en mi ropa!... ¡Me visten con la que ya no sirve para nadie! ¡Vergonzoso para un hombre que trabaja usar este sombrero!



EL CARDENAL PRISIONERO

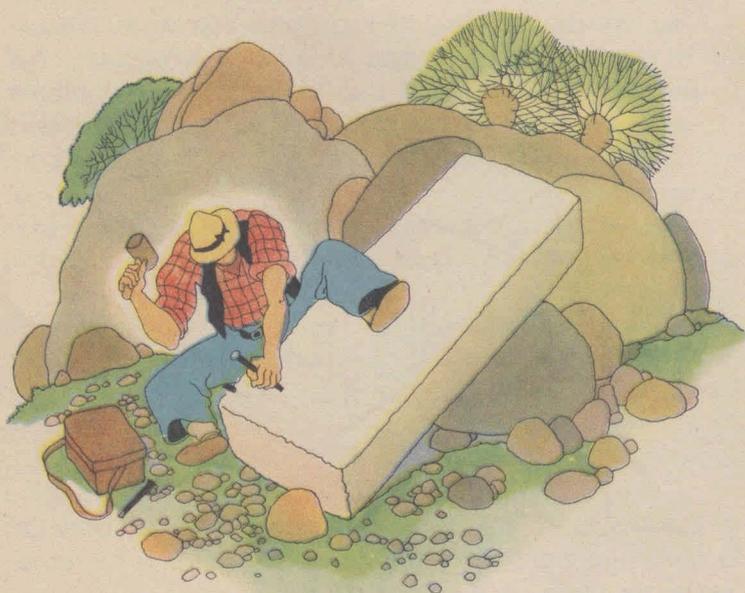
Buscaba una mañana de primavera alimento para mis hijitos. Vi comida entre alambres; salté para probarla y quedé prisionero. Mi afligida compañera me decía que debíamos volver al nido... Después me llevaron a una casa... ¡Cuán dolorosa aquella primera noche!... Al amanecer creí estar libre; pero... ¡no pude salir! ¡Estaba preso!

Nunca más vi a mis hijuelos; nunca más he podido volar. Se acabaron el bosque, el arroyuelo, las magníficas auroras, las despedidas al sol, al caer la tarde, cuando todos los pájaros nos reuníamos y jugábamos, volando, a quién lo veía más tiempo mientras desaparecía en el horizonte.

Ya no soy un pájaro. ¡Soy una pena enjaulada! Pasa un día, pasa otro día... ¡y nunca llega el de mi libertad!...

¿Para qué quiero las alas? ¿Para qué quiero los ojos?...

¿Podéis decirme qué crimen he cometido?...



✓ A PIEDRA

Ustedes me preguntarán cómo vine a la ciudad sin boleto de ferrocarril. Me trajo en su carreta un carretero que se llamaba Ramón Santamarina. ¡Qué carreta linda y fuerte! Dicen que todavía está en una estancia, muy cerca de la ciudad de Tandil, guardada como reliquia, en una casita con paredes de vidrio hecha para ella.

El carretero salió del pueblo con media carga, arreglada adelante, porque esperaba cargar después más cosas.

Al llegar al cerro del Parque la carreta se inclinaba hacia adelante y los bueyes tiraban en malas condiciones.

Entonces el patrón me miró, me levantó del suelo y me puso en la carreta, en la parte de atrás, para que

sirviera de contrapeso. Sin pensarlo, estaba de viaje.

Cuando llegó a la ciudad me bajó de la carreta.

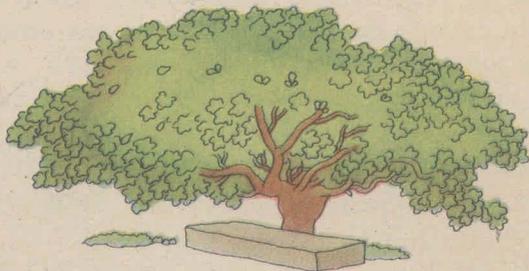
Al anoecer vino una anciana con unos mozos: me llevaron y me colocaron al lado de la puerta. No había acera. Comprendí que mi misión era defender la casa de carros y carretas: al pasar, si se acercaban mucho a la pared, daban en mí, y la casa no sufría los encontrones.

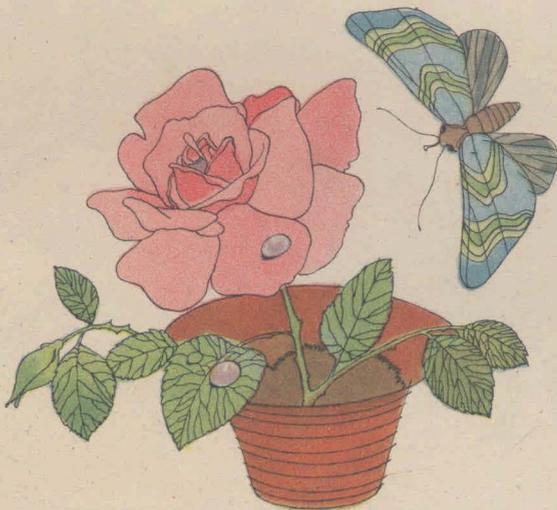
De noche tropezaban en mí los transeúntes. Más de una vez me lo reprocharon agriamente, como si yo fuera culpable.

La patrona murió; la casa quedó sola; después la derribaron, y los albañiles me metieron una noche hasta el fondo. ¿Saben para qué? ¡Para quemarme cuando preparaban la comida! Todos los días hacían fuego junto a mí. Pero no lograron realizar su intento.

Cuando terminaron la casa nueva quédé debajo de una higuera, cuidando que los pájaros no comieran la fruta; pero se murió también la higuera y me echaron a un pozo, y me cubrieron con tierra.

Y aquí estoy, y me alegro, pues para servir de adoquín prefiero estar me escondida.





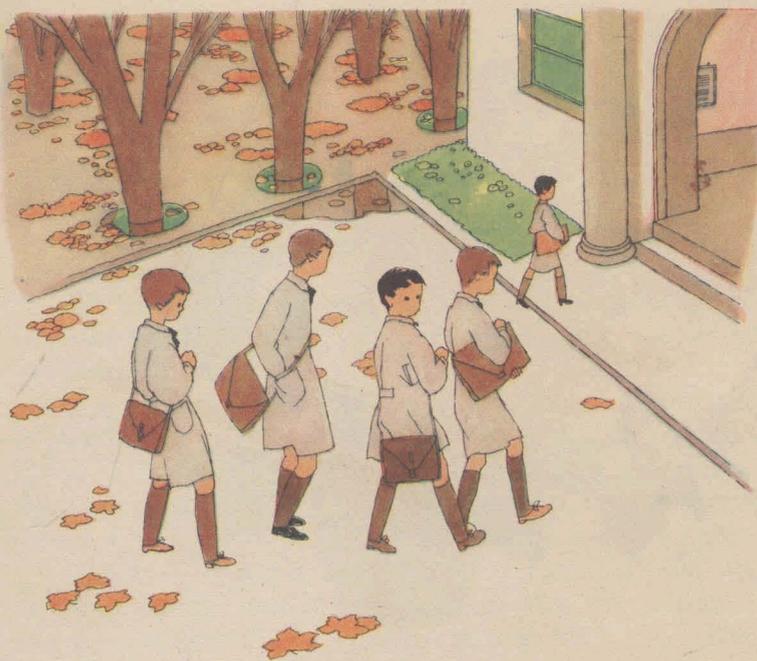
LA GOTA DE ROCIO

He amanecido sobre el pétalo de una flor; pero no sé si soy la lágrima de una madre o de una estrella. Las estrellas miran tan dulcemente que parece que lloran.

¿Vendrá a buscarme algún pajarito o una mariposa?

Un colibrí puede sorberme con su delicado pico. Una mariposa hundiría en mí su larga trompa que parece un cabello arrollado en espiral.

Como el más puro diamante brillaría la noche entera a la luz de la luna... Pero ya viene el Sol... ¡y basta que me mire para que acabe mi vida!



LA ESCUELA

¡Entra gozoso, hijo mío!... Si no vienes ahora y aprendes siquiera a leer, ¿cuándo aprenderás algo?... Y si no sabes nada, ¿en qué podrás trabajar?...

¡Razón te sobra para venir gozoso!

Hombre ya, ¿qué serás? ¿Industrial? ¿Agricultor? ¿Aviador? ¿Electricista? ¿Mecánico? ¿Médico? ¿Comerciante?...

Por mi puerta se pasa hacia todos los oficios y todas las profesiones.

¡Ojalá sepas agradecer el beneficio que recibes al poder entrar en mí!

¡Ojalá me recuerdes siempre con alegría, cuando, hombre ya, pases ante mí y me saludes agradecido por el bien que te hice!



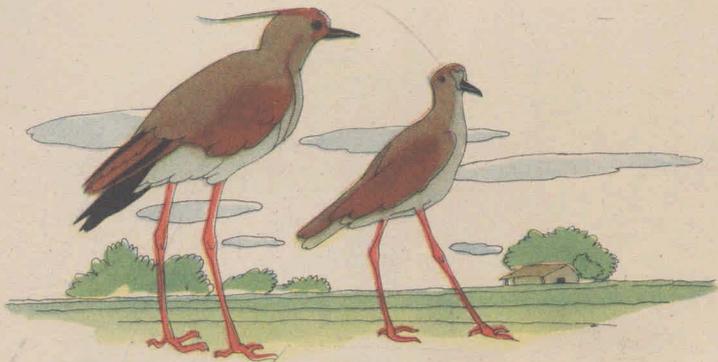
LA ARGOLLA DE MARFIL

Pude ser la rueda de un magnífico carro arrastrado por enormes mariposas, como aparecen en los cuentos de hadas.

El destino ha querido que sirva de alimento a este nenito, que me mira con ojos comilones y que me chupa horas enteras.

He de tener rico gusto. Y debo ser un alimento suave y nutritivo, digno de figurar entre los mejores, para que sea el preferido de un chiquito tan mimado como éste. Si los elefantes llegaran a saberlo es bien seguro que se comerían ellos mismos los colmillos.

Fíjense en mi nenito: cada día está más grandote, más gordo y más sonrosado. Y eso que solamente puede chuparme. Si tuviera dientes, hace tiempo que, convertida en papilla, me habría tragado.



EL TERO

Quien me vea pasear gallardamente por el campo con esta pluma en el bonete supondrá que soy un caballero que espera su corcel para montarlo.

Antes de que existieran alambrados y estancias ya teníamos nosotros dividida la tierra.

Cada pareja de teros ocupa un determinado radio del campo y no sale de sus límites. Ningún otro tero entra jamás en ese pedazo de tierra.

Los bichitos son lo más importante del mundo, y todos los que hay en mis dominios son míos y de mi compañera. Vigilamos nuestro campo día y noche y gritamos para anunciar la presencia de personas.

Cuando están en peligro nuestros hijos nos alejamos con rapidez y gritamos muy enojados en un sitio distante: de este modo conseguimos engañar al que quiere robarnos el nido. Lo buscará inútilmente largo rato. ¿Qué beneficio pueden obtener los hombres al privarnos de nuestros hijos?

¿A ellos también se los buscarán para robárselos?...



EL RIO

Para los pescadores soy el palacio de cristal en el que habitan los peces; para los buques, tapiz rodante que puede llevarlos a los puertos; para las personas, los animales y las plantas, soy el buen aguador que les trae desde la fuente cántaros de agua fresca para que aplaquen la sed.

Me tiñen los colores del cielo con todos sus matices. Algunas tardes, al ponerse el Sol, cuando el horizonte se enciende en rojo vivo, parezco un río de sangre. Si un pintor me copiara en esos momentos nadie creería que soy yo.

Corro siempre porque he de llevar al mar el agua que a mi paso nadie aprovechó; pero ocurre que la misma agua que llevo, en vez de quedarse en el mar, subirá evaporada por el Sol, ansiosa de viajar, formando bellas nubes, y fatalmente caerá de nuevo al suelo... Mil veces la llevaré y siempre volverá ansiosa de volar por las alturas como las aves marinas.

¡Por mucho que me apure, no terminaré nunca mi trabajo!





LA AGUJA, EL HILO Y EL DEDAL

La Aguja.

Aunque pequeña y delgada, soy muy fuerte. En los hogares están los frutos de mi labor. Hombres, mujeres y niños me necesitan diariamente. Soy quien cose la ropa, quien pega los botones, quien viste las muñecas.

En pos de mí pasa el hilo. Allí donde lo deajo, allí se queda. El pobre, por sí mismo no puede dar un paso.

Nada haría el hilo sin mí; sería incapaz de atravesar la más delgada tela.

El hilo me sigue a mí como el cortejo al rey.

El Hilo.

Sin mí serían inútiles la mayor parte de las telas: soy quien las mantiene en la forma adecuada para cada uso.

Si yo desapareciera de repente, el más elegante y rico de los vestidos quedaría convertido en un guiñapo.

Probad colocar sin mí un botón; haced sin mí una camisa.

Me hago preceder en mi camino por la aguja, que es dura y puntiaguda; pero ella pasa y se va. Yo soy quien queda y asegura la obra.

Cosed una prenda del ajuar de la muñeca nada más que con la aguja, y observad los resultados.

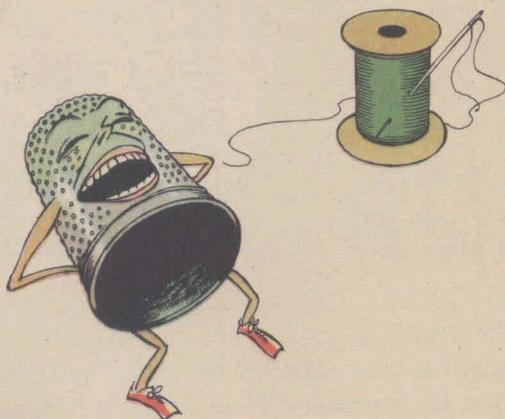
La aguja es mi lazarillo.

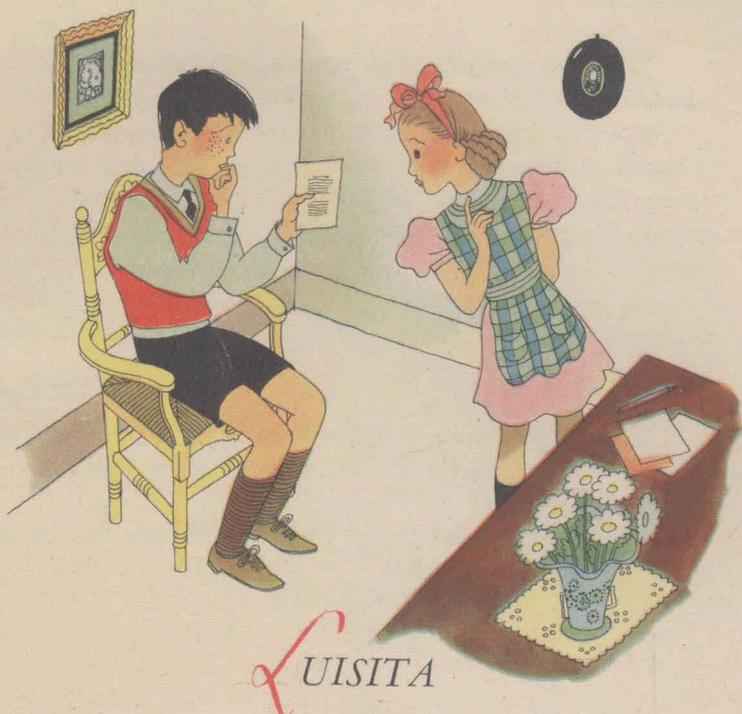
El Dedal.

Ni la aguja ni el hilo dicen verdad al hablar de su trabajo. La aguja es muy puntiaguda, no lo niego, pero también muy perezosa; el hilo es largo, pero débil e incapaz de hacer algo por sí mismo.

Soy yo quien agujerea las telas valiéndome de la aguja que es mi instrumento; soy yo quien cose las telas y aseguro con el hilo mi labor.

La vanidad es ciega. Cada cual se atribuye todo el mérito y no se piensa en lo que hacen los demás.





LUISITA

Mi mamá ha salido a comprar tela para hacerme un vestido de invierno, porque ya empieza el frío y tiene miedo de que me enferme si no me abriga bien. Yo espero que me lo hará del color de mis ojos, que son celestes.

Ayer me asusté mucho, porque mi mamá me llevó a la peluquería y creí perder mis lindos bucles. ¡Yo no quiero que me corten el cabello!

Me llamo Luisita. Mi padrino es un niño que se llama Perico y que se come las uñas. Tendría que decirle: Padrino, tiene usted una fea costumbre y da un mal ejemplo a su ahijada; pero no se lo digo, porque temo que se enoje.

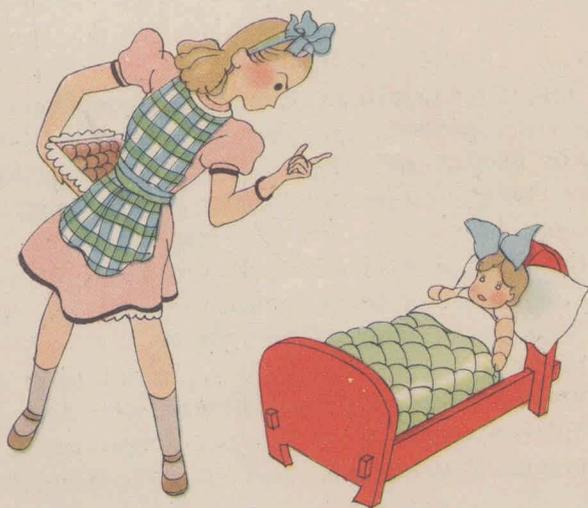
Mi madrina es muy buena. Se llama como yo y se ve que me quiere, porque me pasea, me besa y me

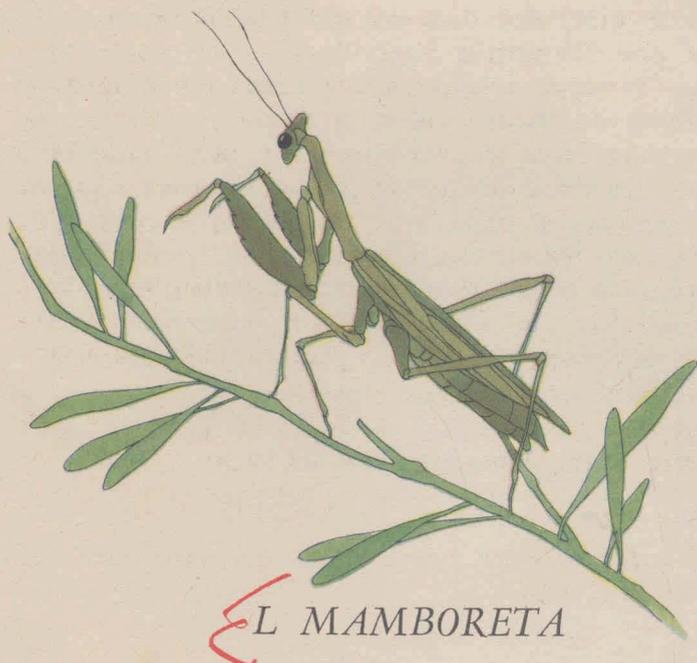
mira con muchas ganas de llevarme a su casa.

Soy un modelo de buena educación. No hago jamás travesuras; pero, al estarme tan quieta, mi salud se perjudica y mi sangre no circula bien. Enfermo a menudo; viene el doctor, me toma el pulso y dice que estoy tan grave que, si no me cuidan, moriré. Me manda comer muchos caramelos y, si es posible, bombones. Van a buscarlos; todos los prueban; se me hace agua la boca... ¡y a mí no me dan ninguno!... Vuelve el doctor a examinarme y, de repente, me declara sana y buena.

Viene mi mamá. Me tomará en sus brazos y me mostrará la tela que ha comprado para hacerme el vestido.

¡Qué suerte tener una mamá que sabe hacer un vestido para su hijita!





EL MAMBORETA

Así me decían los indios: Mamboretá. También me llaman "Mantis Religiosa", por mis actitudes, aunque tengo más de tigre que de cordero.

Mis ojos negros, grandes, saltones y brillantes parecen cuentas de azabache... Para mirar nuevo la cabeza hacia uno y otro lado. Tengo el mismo color, la misma forma de ciertas ramitas y hojas; con dificultad se me distingue de ellas; no obstante, ustedes me descubren y me agarran.

Lo raro es el motivo. Apenas me tienen preso, me preguntan:

—Mamboretá, ¿dónde está Dios?

Levanto una pata y muestro el cielo... ¡Que me pregunten a mí lo que ustedes deben saber mejor que yo!

Había pasado esta mañana inmóvil en una rama, esperando a algún bichejo, porque tengo mucha

hambre. Hace dos días que no pruebo alimento... Venía una langostita distraída y me dispuse a cazarla. Se detuvo a comer; reanudó la marcha... Se detuvo de nuevo; volvió a andar... Por fin, ya estaba muy cerca, ... me apercibía para atraparla, clavarle las púas de que se hallan armadas mis patas delanteras y, viva aún, devorarle la cabeza... cuando sentí, de pronto, dos dedos como tenazas que me oprimían y me levantaban... ¿Comprenden mi sorpresa?...

En resumen, era por la consabida pregunta:

—Mamboretá, ¿dónde está Dios?

Levanté la pata, señalando el cielo, y así tuve la suerte de recobrar la libertad.





LA PAJITA DE ESCOBA

Hasta ayer formaba parte de una cosa de sumo valor, indispensable en el hogar, donde prestaba importantes servicios. Se me cuidaba, se me lavaba, se me ponía a descansar en un sitio cómodo... Al presente, nada valgo, nada soy, y ruedo por el suelo como cosa que está demás en todas partes...

Soy la hoja caída del árbol, que para nada sirve ya y el viento barre despiadadamente.

¿Qué es el pelo desprendido del pincel de un gran pintor? Este pincel habrá hecho maravillas; pero el pelo suyo, aunque participe del glorioso esfuerzo, una vez desprendido, ya nada representa.

Tampoco halla mejor destino la pluma que se sale del plumero, ni la cerda que se escapa del cepillo... Yo misma las he barrido más de una vez.

¿A cuántas personas les ocurrirá lo mismo por salirse de su sitio?...

¡Ay! joven, jovencita provinciana, que abandonas a tus padres y a tus hermanos, que desprecias la santa y humilde paz de tu hogar... y te vienes fascinada a la gran ciudad, con la esperanza de grandes alegrías... y te ves sola, desamparada, triste, rodeada de peligros... como yo...

Mi escoba era la familia, unida y fuerte; ahora estoy sola, sin apoyo y sin cariño, sin estímulo y sin consuelo.

*Ayer, reina del hogar...
Hoy, estorbo. ¡Nada soy!
Sólo me resta llorar
Lo que va de ayer a hoy.*





EL BURRO

Soy, entre los seres de la creación, el que tiene más nombres. Pero ninguno me satisface plenamente. Yo me habría puesto Paciente, Sobrio, Tranquilo, Sufrido, Laborioso, o cualquier otro nombre por el estilo; pero me han bautizado con los siguientes: Asno, Borrico, Acémila, Burro, Jumento, Pollino. ¡Media docena de nombres a cual más feo!

Se imaginarán ustedes que no es agradable oír a cada rato decirles a las personas, como el mayor insulto: "¡Eres un borrico!... ¡Eres un jumento!... ¡Eres un burro!" Como elogio, estaría bien, porque se querría significar que la persona aludida es trabajadora, sobria y pacífica; pero la intención es muy distinta, por cierto, y es natural que me duela merecer tamaña ofensa de quienes aprovechan todas mis energías. Si yo imitara al hombre, estaría dando coces el día entero; pero es bien sabido que por cada mil palos que recibo doy una coz. Prueba más grande de resignación y de humildad no la da nadie. Y esto es inteligencia, ya que sabemos que la vida hay que aceptarla como una carga que es, siendo inútil rebelarse contra el destino.

También óyense burlas sobre mis orejas. Dicen de una persona de poca inteligencia: "Tiene orejas de burro". Quisiera yo saber qué relación existe entre las orejas y la inteligencia.

Examino uno por uno mis actos de cada día y no encuentro torpeza, vicio ni maldad que justifiquen el menosprecio humano. Trabajo hasta agotar mis energías, me conformo con el alimento que se me da, no bebo más que agua, descanso donde se me ordena... ¿Qué más puede pretender el hombre de mí?

¿Querrá, probablemente, que apareje la carga y que la baje luego con mis patas?

Sólo un caso, que yo recuerde, puede justificar la mala fama de torpes que padecemos los asnos.

Fué eso de la sal, y, por si no lo saben, se lo contaré a ustedes en cuatro rebuznos. No hago misterio del asunto. A más de un caballo le han pasado cosas peores.

Mi amo me empleaba en el transporte de bolsas de sal, junto con otros burros. El iba montado en uno y todos seguíamos nuestro camino dócilmente, con esa mansedumbre y esa cachaza que nos dió Dios. Cuando hay que trabajar, se trabaja, y ¡arre para adelante!

Viajábamos por la orilla de un río ancho y hondo. Tuve sed y metí el hocico en el agua. Observé entonces una cosa muy particular: ¡mi peso disminuía!

Aquello me tuvo preocupado toda la noche.

Al otro día, volvimos a la salina a cargar sal, y yo volví a beber agua... ¡y el peso volvió a disminuir notablemente!...

Había realizado, por casualidad, un descubrimiento de magna trascendencia para la especie asnal. ¡Ningún caballo habría imaginado cosa tan original y útil!

En los siguientes viajes, en cuanto mi patrón es-

taba lejos, aligeraba yo mi carga con sólo entrar en el agua.

Pero la desgracia se ensaña con los inventores y los descubridores.

Un buen día, el amo me puso mucha carga; pero pesaba poco.— ¡Ya te aligeraré más todavía — pensaba — cuando lleguemos al agua! Y haré el viaje como si no llevara nada.

Pero, al entrar en el agua, el peso de mi carga aumentó en forma tan espantosa que casi me desplomo.

¡Mi espinazo se arqueó bajo el peso formidable!

El amo reía a carcajadas y me invitaba a darme otro bañito.

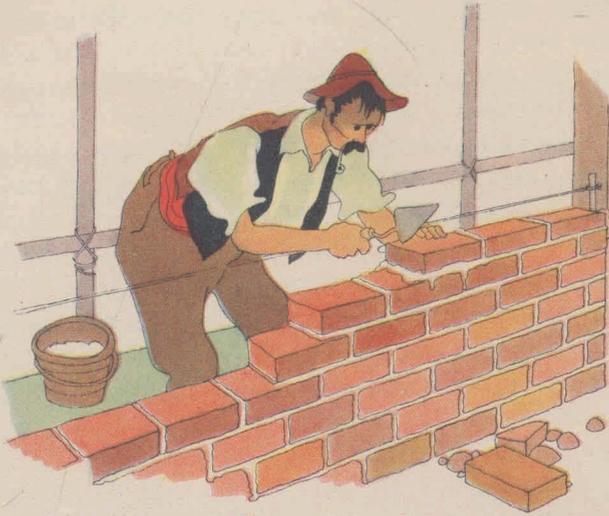
¿Qué había pasado?

Al descargarme lo supe... La sal había sido reemplazada por esponjas, y, claro, al entrar yo en el agua... las esponjas chupaban líquido y se volvían pesadas como piedras. Desde entonces, tengo buen cuidado de no acercarme al agua si voy con carga.

Supongo que por ese tremendo chasco que sufrí me consideran torpe...

Pero oigan ustedes: voy a rebuznar con todas mis ganas... ¡Juzguen si no poseo un temperamento artístico de primer orden!





EL LADRILLO

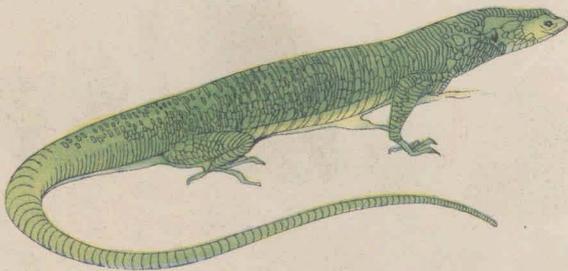
Viejo y humilde sostén de la familia humana, he debido luchar durante siglos contra la escoba, cuyo trato grosero y áspero concluye por hacerme adelgazar.

Además de pisos, formo paredes, tapias, hornos, fogones, aljibes, piletas, escaleras.

Casi no existe construcción de albañilería sin mí, aunque luego resulta que me cubren para que no me vean. Antiguamente no era así, y me lucía en los pisos de las mansiones lujosas. Fresco en verano, caliente en invierno, seco, suave y agradable, no sé por qué motivos me van dejando a un lado. Fíjense, cuando llueve, quién se seca primero: el mosaico o yo.

Era como una alfombra roja donde podían acostarse las personas sin peligro de helarse... Ahora, todos prefieren el mosaico, con sus vistosos colores, y la madera, tan blanda y agradable... para la polilla.

En los ranchos de la campaña todavía sirvo de piso, y quisiera que ustedes preguntaran si hay alguna queja de mí.



LA LAGARTIJA

¿Creerán que soy quien resquebraja las piedras?

¿Me confundirán con alguna víbora?

¡No he podido comprender por qué se me persigue!

Solamente realizo obras de bien, pues me alimento de bichitos perjudiciales que atrapo rápidamente con mi lengua, sin darles tiempo a escapar. ¡Prueba tú hacerlo, y verás que es difícil!

Tengo, como tú, cinco dedos con uñas en cada una de mis extremidades. Pongo hermosos huevos blancos, de los que salen las pequeñas lagartijas.

Me encantan los viejos muros y las piedras, porque en sus grietas encuentro hecha mi casa, que es mi única defensa contra los enemigos. En mi casa solamente estoy segura y puedo disfrutar de tranquilidad.

Paso el invierno adormecida; me reanimo y adquiero lindos colores al llegar la primavera.

Entre tanta maldad que hay en el mundo, ¡bueno es el Sol, el gran amigo de las lagartijas, a quien lo debemos todo! ¡Más que bueno, magnífico en su bondad, principalmente al mediodía del verano, cuando raja las piedras, cuando aleja a la gente, cuando cría los más sabrosos bichitos, los engorda y los pone al alcance de mi boca!



A COPA DE AGUA

Fué en un banquete. Mi cristal, límpido y transparente, brillaba con la blancura del diamante sobre aquella mesa llena de copas verdes, rojas, azules...

¡La gente no se cansa de inventar líquidos para saciar la sed!

Llegó el momento de los brindis, y hermosas copas lucieron su elocuencia estallando en irisadas burbujas... Después, quedamos solas sobre el mantel, y dije:

— Ha llegado mi turno... Soy nada más que agua pura; pero, ¿por qué la pureza ha de callar?

No sé reír ni cantar; sólo sé hablar sencillamente al corazón.

No soy hermosa; soy buena. De ningún crimen, de ninguna miseria, de ningún extravío soy responsable.

Tres cosas ha querido sustituir el hombre: la verdad, por la mentira; el trabajo, por el vicio; el agua pura, por el licor.

Soy simple como la verdad y como el trabajo.

No engaño, no ilusiono, no mato.

Compañeras: ¡Brindo por que también ustedes se llenen de agua pura!



Si se desconocen los hombres entre sí, no es posible pretender que nos conozcan a nosotras. Así, ignorantes en su inmensa mayoría de los beneficios de la lluvia para el mundo vegetal, suponen que ella empapa la tierra, aumenta y enriquece la absorción de nuestras raíces, y que ese es todo el provecho. Al regarme consideran que suplen a la lluvia. Mas no es así, y a pesar de darnos de beber en abundancia, algunas de nosotras morimos asfixiadas, porque no respiramos, porque el polvo cubre nuestros pulmones, que son las hojas; porque no podemos absorber el oxígeno vivificante ni eliminar el gas carbónico que nos envenena lenta y fatalmente.

Dolorosa es la planta que sufre sed. Pasan las nubes sobre su cabeza, como grandes ánforas de agua: cada hoja mira y aguarda.

Abajo las raíces, endurecidas en la ociosidad, se desesperan, porque no pueden subir materiales tan grandes y pesados como los que hay en el suelo: necesitan la ayuda del agua que desmenuza y aligera.

A quien le falte alegría que la tome de mí cuando estoy polvorosa y reseca y la lluvia me lava.

A las primeras gotas, sale de nosotras un suspiro; luego, hay un hondo silencio; después empieza la lluvia, que suena como en tamboriles en las hojas, mientras nosotras cantamos:

¡Qué bueno es Dios que nos limpia y nos da de beber!

¡Qué bueno es Dios que se acuerda de nosotras, y nos salva de la muerte!

¡Qué bueno es Dios, que nos regala el agua!





A RATONA

Dicen que soy prima hermana del famoso ruiseñor y que en la forma, en el tamaño y en el color nos parecemos bastante. Pero el hecho de que exista en mi familia un artista tan admirable no justificaría que me sintiera orgullosa.

Me llaman ratona porque ando como un ratón por los techos de las casas y por las tapias. Anido cerca de la morada de los hombres, a la vista de todos, en el mejor agujerito que sea posible encontrar.

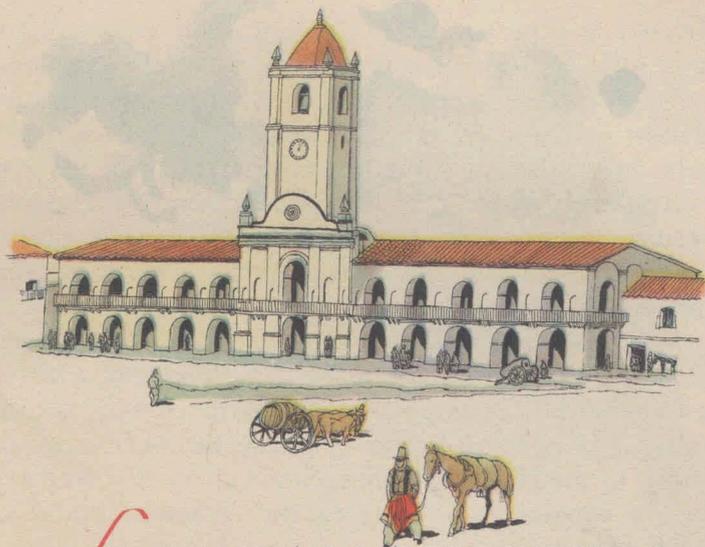
El año pasado quedó un sombrero viejo sobre el tronco de un árbol. Lo visité con mi compañero y nos pareció excelente para hogar. Casi en seguida comenzamos a llevar pajitas para formar nuestro nido; pero, de pronto, el sombrero desapareció... Entonces elegimos, después de pensarlo mucho, una casita de

madera, pintada de rojo, que colocó el niño de la casa en una pared cubierta de enredaderas. En ella disfrutamos de la felicidad de criar a nuestros hijos en excelentes condiciones.

Aunque pequeña, soy una trabajadora infatigable. Paso el día revisando cada plantita y cada hoja del jardín. ¡No he de dejar un bichito, ni uno solo!

Anuncio la primavera; anuncio cada nuevo día en cuanto empieza a aclarar; alegre con mi canto puro y simple el corazón de quienes pueden escucharme.





LA CAMPANA DEL CABILDO (1)

El Buenos Aires antiguo ha desaparecido.

Las láminas que reproducen escenas, edificios y personas del pasado nos ayudan para formarnos una idea de lo que fué la ciudad. Estos lustros de vida juvenil, innovadora y pujante, han sido para el Buenos Aires de 1810 como cien revoluciones. No le han dejado piedra sobre piedra. Con pena se recuerda la vieja ciudad borrada por el progreso... Sería hermoso que pudiera contemplarse la capital de hoy junto a la patriarcal e ingenua ciudad de los virreyes.

Pero no todo lo que constituía el Buenos Aires niño trocóse en polvo indistinto o está desfigurado y transformado...

Yo, por ejemplo, he sobrevivido, tal como era.

Soy la misma campana, íntegra e inviolada, que canta la hora a Buenos Aires desde hace más de 160 años.

¡Cuántos millares de seres que ya no existen me escucharon con júbilo o con dolor, creyendo que les

ordenaba la esperanza o el recogimiento melancólico! Soy la misma campana que el 25 de mayo de 1810 convocaba al pueblo a proclamar su libertad, y "los ciudadanos acudían en tropel atraídos por sus sones". Desde entonces, mi alma se hizo argentina; mi voz ha referido, emocionada, toda la epopeya de la emancipación, clamoreó cada victoria, aulló cada dolor, alentaba a la lid, prometía recompensa a los valientes, consolaba a las madres.

Vi crecer la ciudad, llenarse de rumores y de cúpulas; despedí en su viaje a la otra ciudad, la blanca, fría y silenciosa, a cuantos me escuchaban y me amaban, y asistí a la continua renovación de mi auditorio, yo siempre la misma, una muchacha, con la voz fresca y pura, la lengua ágil, la garganta vibrante como el primer día.

Oye con simpatía a esta vieja campana que canta la hora a Buenos Aires desde hace tantos años.

En mi concavidad guardo los ecos de las multitudes libertadoras.

¡Tengo alma...! y mi alma sabe hablar del porvenir de nuestra América.



(1) En la torre de la izquierda de la Iglesia de San Ignacio existen tres campanas: la histórica, que estuvo en el campanario del Cabildo, y que es la que da las horas del reloj, es del año 1763, fundida por Juan Pérez, y tiene esta inscripción: "San Martín, obispo". ("Reseña histórica del templo de San Ignacio". — Enrique Udaondo).



EL GUSANO DE SEDA

¡Un miserable gusano! Eso se dice de mí. ¡Pero no hay que despreciar a los humildes! Arrástrame penosamente, soy feo, lo más feo, quizá, en el conjunto de los seres; no obstante, es a mí a quien se recurre para obtener los más preciosos tejidos... ¿Verdad, señora?...

Soy oruga treinta y cuatro días, durante los que aumento cuatro veces de tamaño, cambiando de pellejo para cada crecimiento. Después, elijo una ramita como punto de apoyo y tejo mi capullo, con un solo hilo de seda, largo como de trescientos metros, que me sale de unas glándulas que son como tubitos.

Tan delicada obra me ocupa enteramente cuatro días.

Permanezco tres semanas encerrado en el capullo... y salgo convertido en mariposa, para poner mis huevos, que son muchos, cuatrocientos, o más aún, ...y muero poco después.

¡Soy un gusano, sí, pero algo maravilloso, merecedor de la admiración del hombre!...



A LETRA A

Más de un niño habrá pensado por qué soy la primera letra del alfabeto. Ello parece indicar mi superioridad sobre las demás.

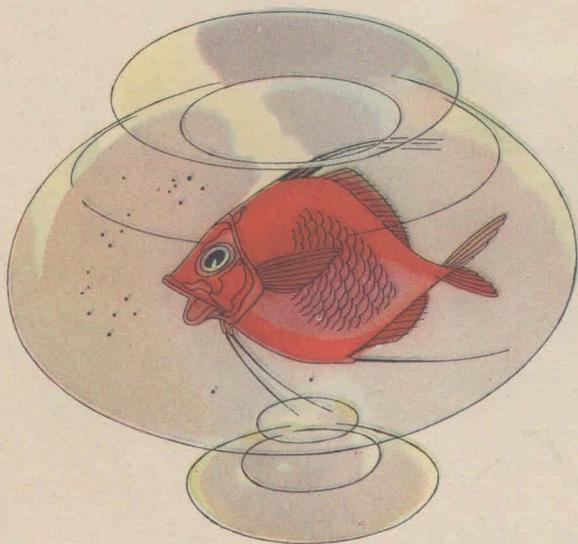
Si ustedes me miran bien en una mayúscula de imprenta verán que me forman tres líneas rectas: dos largas de igual medida y una más pequeña. Separen estas tres líneas y trazarán sin dificultad la letra H, la I, la L, la T, la V y la X.

Soy una y varias letras a la vez.

Quitándome la rayita del medio me convierto en un ángulo. Al colocar esa misma rayita en el extremo de mis dos líneas largas, formo un triángulo.

Si suprimen la rayita pueden formar con mis dos líneas mayores el signo de sumar, líneas paralelas, quebradas y perpendiculares.

¿No les parece que existen muy fundadas razones para que sea yo la primera del alfabeto?



EL PEZ COLORADO

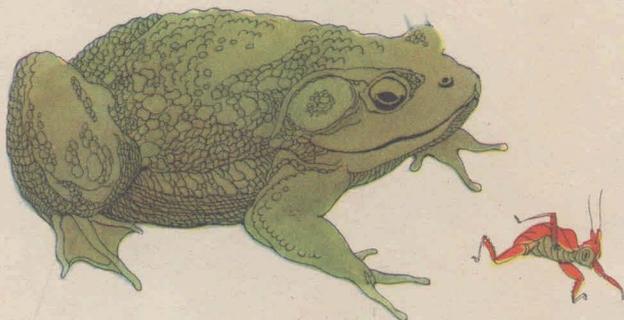
Cuando se secó el estanque en que vivía, casi perezco ahogado.

Felizmente, en seguida llovió lo indispensable para mí.

¡Los demás peces se acabaron! Por más que busco no encuentro ninguno.

El estanque se ha vuelto tan pequeño, tan pequeño, que apenas dispongo de sitio para moverme... Y me paso las horas dando vueltas, entretenido en pintar las paredes de vidrio que me rodean.

¡Pero soy el pintor más desdichado del mundo! Continuamente pinto, y el agua borra en seguida mi pintura!



EL SAPO

Dicen que soy feo. Será porque tengo la boca hendida y sin un diente; no obstante, me parezco a mi prima la rana, esa que es cantora y algo bailarina y que tan linda les parece a muchas personas, que no desdennan elogiarla y comérsela. Sólo que soy algo barrigón y tengo la piel llena de verrugas.

¿A que ninguno de ustedes tiene la lengua como yo? Es una cinta que se encoge y alarga cuando quiero, y que está fija, no atrás, sino delante de mi boca.

Cambio de traje cuando el antiguo está viejo, y reconozco a las personas que me tratan bien. La fama de feo me perjudica y hace peligrar mi vida. Sabiéndolo, me paso el día escondido y salgo a trabajar de noche. Limpio el jardín de insectos, gusanitos y moluscos. En algunas partes pagan dinero para conseguirme, a fin de que desempeñe esta tarea.

Se habla mal de mí y se me calumnia; pero hasta hoy, ¡nadie se ha presentado a pagarme mi trabajo!



EL GRANO DE TRIGO

El arroz, el maíz y yo abastecemos los graneros del mundo.

Cada uno mereceríamos una estatua.

La estatua mía, en Europa; la del arroz, en Asia; la del maíz, en América.

En América no me conocían antes de la conquista.

El único cereal que cultivaban los indios era el maíz.

Pero rápidamente se difundió mi cultivo y ahora también aquí soy uno de los principales alimentos del hombre americano.

Cuando me ponen bajo tierra, combino el agua, los elementos del suelo y del aire y construyo una planta.

¡Todo previsto en mi cabeza! Porque nosotras, las semillas, somos los arquitectos del mundo vegetal.



EL COCUYO

Si por cualquier contingencia quedo con las patas al aire, apoyo la cabeza y la punta de mis alas duras en el suelo y, dando un chasquido seco con el tórax, salto a bastante altura. Si no caigo en posición normal vuelvo a repetir el tremendo salto. Hago el ruido de un resorte de metal, y en eso me distingo fácilmente de los demás bichitos.

Aparte de esto, poseo a los lados de mi tórax dos espléndidos discos luminosos, con luz bastante intensa para que en la oscuridad una persona pueda leer con ella.

Somos los faroles del campo.

En algunas hermosas noches de primavera brillamos con tal intensidad que parece que el cielo con todas sus estrellas está aquí abajo.

No me confundas con la vulgar luciérnaga, que no tiene alas duras y alumbraba débilmente con la fosforescencia de su vientre. Me parezco más bien a un automóvil con los focos adelante, a los lados del chasis.



EL BOTON

En cierta ocasión se apoderó de mí el espíritu de rebeldía.

Me sentí raro, con ideas revolucionarias.

Apartándome con mis cuatro ojos del paño, comencé a mirar arriba y abajo, y a pensar en mil cosas, a cual más extravagante. ¡Hasta se me ocurrió volverme a la sastrería y solicitar otra colocación.

Pero yo no contaba con la patrona. Todos los botones, después que salimos de la sastrería, dependemos de una patrona... Y tempranito, apenas había tenido tiempo de desayunarme con la escasa luz que entraba por la ventana, se me apareció la mía con

aire de enojada y con una aguja en la mano, que daba miedo al más valiente.

— ¿Cuál es? . . . — dijo, apoderándose del chaleco en que yo trabajaba. Nos revisó y zamarreó a todos los botones, hasta llegar a mí, que con el susto estaba más muerto que vivo. Entonces, me apretó la cabeza y me dió tales tirones que caí desmayado en su mano. Me puso junto al paño, tomó de nuevo la aguja y me dió unos pinchazos tremendos, fingiendo buscar mis ojos. Luego, con una cuerda larga y fuerte, me amarró a mi antiguo sitio como diciéndome: ¡Métete a loco y a revolucionario! . . .

He quedado tan sujeto y tan inmóvil que apenas puedo respirar.





ALOPITO

Me llaman Galopito, porque siempre ando apurado. Vivo en una cueva que me hice en el jardín.

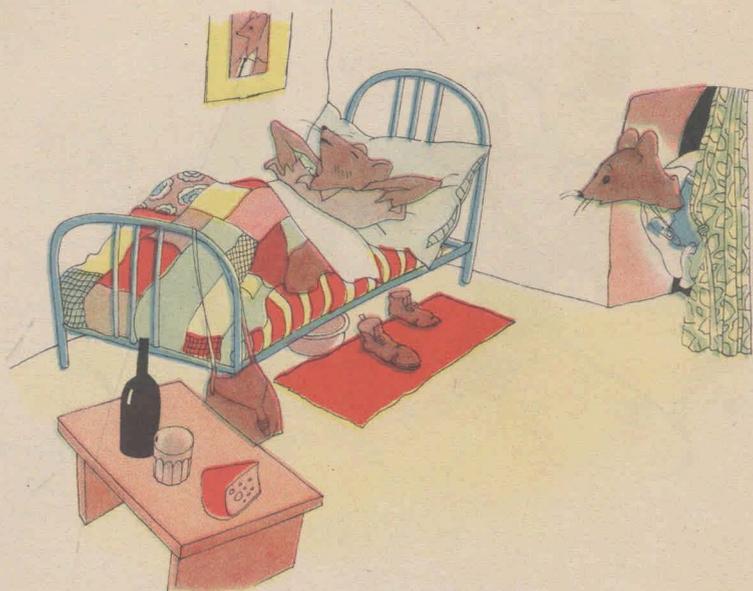
Un día recibí la visita de un amigo llamado Comepapel.

— Tengo que mudarme — me dijo — porque en mi barrio ya no se puede aguantar más el olor a perro ratonero, y vengo a pedirle que me deje estar en su casa, siquiera sea mientras encuentro otra.

Le contesté que se quedara conmigo, siempre que se comportara decentemente.

Durante la noche salí a mis ocupaciones, como de costumbre. Varias veces entré y salí, y el huésped dormía a pata suelta.

Cuando amaneció, empezó a bostezar de hambre; pero no le dije nada. Me hice el dormido y lo vigilé. Entonces vi con sorpresa que se dirigía hacia mi cama, junto a la cual había algunas poquitas provisiones para pasar el día. Hallábase ya muy cerca, cuando de pronto me moví y el muy pícaro huyó y se acostó.



Un rato después volvió a ponerse en marcha hacia la comida, poquito a poco..., y ¡zas!... hice un movimiento y se volvió a su cama. Así pasó varias veces, hasta que, por fin, me levanté y me puse a hablar de diferentes cosas y a comer tranquilamente mi merienda. El mal amigo me miraba de reojo y bostezaba de envidia y de hambre.

A la mañana siguiente se repitió todo lo mismo; pero a la quinta vez que Comepapel iba a apoderarse de mis provisiones me levanté y le dije:

— He brindado hospitalidad a un amigo y a una persona decente; pero no a un rapiña como usted, que se está muriendo de hambre por holgazán. Yo busco y me ingenio para alimentarme, y usted espera que yo traiga mi comida para robármela. Ya no podría vivir tranquilo; así que, ahora mismo, ¡a volar! ¡Y cuídese de que no lo vea nunca más en mi casa!

Comepapel, lloriqueando, exclamó:

— Estas no son horas para salir un ratón. ¡Anda

toda la gente! ¡El gato duerme cerca!

— ¡Fuera! — repetí. — ¡No quiero ladrones en mi casa!

— Espere, ¡por favor!, a que sea noche.

— ¡Ni un segundo! — grité, enojado de veras. — ¡Fuera el ladrón!

Llorando a lágrima viva salió Comepapel de mi casa. El gato estaba cerca y dormía como duermen los gatos, que ven más que despiertos... Comepapel vaciló y se decidió a trepar por un montón de tierra para pasar hacia el otro lado y esconderse; pero, de pronto, se encontró ante las terribles garras... Yo temblaba de horror, sin sacar fuera de la casa más que los ojos... Sentí muchísima lástima; pero no había remedio.

A todas las personas que son como Comepapel, día más, día menos, les ocurre lo mismo. No irán al estómago del gato; pero van a la cárcel, que es la misma cosa con nombre diferente.





EL PAJARO CARPINTERO

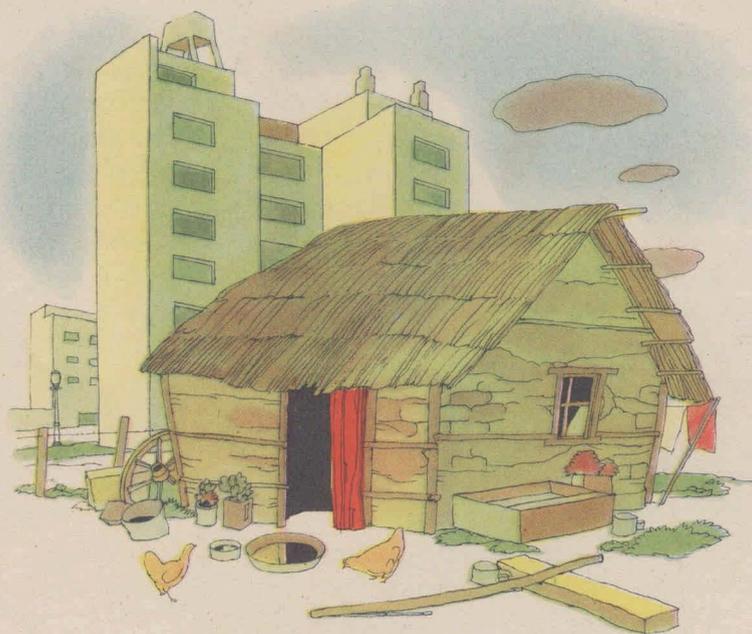
Como ustedes sabrán, los mejores auxiliares de la agricultura somos nosotros, los pájaros insectívoros, que matamos los bichitos que perjudican a las plantas.

Todos los pájaros de pico largo somos jardineros y arboricultores que no cobramos jornal, aunque justo es decir que al desempeñar nuestra tarea recibimos la paga por nuestro trabajo.

Como el benteveo, el zorzal, el hornero y la calandria, me paso el día limpiando los árboles de sus enemigos. ¡Bien sabemos nosotros que el que no trabaja no come!

¿Me han visto ustedes golpeando con el pico el tronco de un árbol? Se diría que lo hago de tonto; pero no es así. Golpeo donde yo sé que hay gusanos, que nacieron de los huevos que puso una mariposa, y que están devorando el árbol por dentro... Al oír mis golpes los gusanos se asustan y salen del escondite uno por uno, y uno por uno me los como.

Ustedes supondrán que como soy carpintero poseo las herramientas del oficio; pero no es así; sólo dispongo del pico. Bien es verdad que él me basta para cumplir cabalmente mi tarea.



EL RANCHO VIEJO

Antes, todos me visitaban y me tenían bien cuidado y bien limpio. Ahora pasan sin detenerse, casi sin mirarme.

Por aquella ventana se asomaban las mozas; por esta puerta entraban damas y señores, y a honor y gozo tenían estar bajo mi techo de paja. Yo era agua fresca en medio del campo ardiendo bajo el sol del verano... Era también el nido tibio y amoroso durante las largas noches invernales.

Mis humildes paredes de barro han resistido los vientos y las interminables lluvias de cien inviernos. Sobrevivo a aquellos que en mí nacieron y en mí pasaron los más felices días de su existencia.

¡Cuántos cambios! Alrededor se han levantado grandes casas, y el pobre rancho viejo va quedando convertido en un corral... ¡Si viviera mi patrona!... ¡Quisiera ver a los perros entrar y echarse aquí como en su covacha!... ¡Iban a escarbar mi piso las gallinas!

¡Solamente las golondrinas no me olvidan, ni me abandonan!... ¡Vuelven cada primavera, como siempre; anidan bajo mi alero y me consuelan con su gracia y su alegría en mi vejez, en mi soledad, en mi desamparo!...

¡Bien comprendo por qué estas avecitas son respetadas y amadas, cual si viniesen del cielo!





EL ÑANDU

Mi nombre significa araña en guaraní. Es lo más lindo que tengo. Cuando corro, en efecto, parezco una araña enorme.

Como el caballo, aguanto a uno de ustedes en mi lomo; puedo cinchar de un carrito; doy coces terribles; pero el caballo no me alcanza en la carrera, y por esto los paisanos, para apresarme, usaban las boleadoras, que se me enredaban en las patas y me hacían caer.

El primer día de mi vida, en cuanto salí del cascarón, caminamos mucho. Para que no me perdiese, mi madre me dijo: "Si te pierdes, silba". Y me enseñó

a silbar... Esas personas que silban como yo, ¿también temen perderse?...

Mis ojos no son de vidrio como parecen. Veo muy bien lo que trago, aunque trago, lo confieso, cosas raras... La semana pasada me aproximé a la casa de este campo y me tragué un dedal viejo, una llave chica, dos carreteles de hilo, un tornillo, una cadenita, diecinueve botones, tres bolitas de vidrio y algunas tonterías más.

Ustedes dirán para qué me sirve todo esto.

Por lo pronto está en mi buche, y no incomoda... Además, tengo un proyecto: poner un almacén en la campaña... ¿Qué les parece la idea?





EL ARADO

Mi acero formaba antes el cuerpo de un cañón.
Destruía la vida, dando espantosos gritos.

Mi tarea actual me ha convertido en una de las cosas nobles y benéficas que existen en el mundo.

En vez de desgarrar carnes y quebrantar huesos, corto la tierra.

La tierra no sufre, no llora, no muere.

Antes, adonde yo iba, había dolor.

Ahora, sólo veo alegría.

Soy símbolo de paz y de civilización.

Al pasar yo por la tierra es como si abriera sus arcas, llenas de tesoros inacabables. Avanzo seguido por un enjambre de avcillas, que gritan su alborozo, porque también a ellas les brindo el alimento.

Esto ya es mucho; pero más todavía significan las hondas líneas que trazo.

Yo escribo en la tierra abundancia y tranquilidad.

Arar y sembrar son obra de la voluntad.

La voluntad también es como otra semilla que se pone en la vida y realiza milagros.

¡Cuán hermoso y bueno es ahora mi acero! ¡El mismo acero que antes daba la muerte, ahora da vida, salud y esperanza!



No; no soy una flor que vuela... No; no me lleva el viento... Voy adonde me place.

Miren: ahora me poso en esta dalia.

Aquel que viene conmigo es mi marido. Siempre viajamos juntos.

¡Si mis alas fueran grandes te llevaría por el aire lo mismo que un aeroplano!

Parece que el Sol se oculta... ¡Tengo miedo de que llueva!... Si llueve, aunque sea poco, deberé guarecerme y permanecer inmóvil y escondida.

Mi gran preocupación es buscar sitio apropiado para dejar mis huevitos.

Se quejan de mis orugas; pero yo no veo que las pobrecitas hagan ningún daño: comen para desarrollarse y convertirse en lindas mariposas.

¡Ay, cuán breve es la vida!... Mañana, ¿podremos ver la luz del Sol?...



EL BENTEVEO

Soy el Gargantúa de los pájaros, el tragón insaciable que todo lo devora, hasta los ratoncitos... hasta los hijos de los otros pájaros...

Mi grito: ¡Bien te veo!... es mi recurso preferido para saciar mi hambre. Al oírlo, los pequeños seres se asustan y huyen; al huir, se mueven; al moverse, los veo; al verlos... ¡me los como!

No siempre basta el grito. He debido hacerme pescador y pescando me verán en la orilla de arroyos y lagunas, y en los estanques de peces de colores.

¡Tampoco me basta la pesca!... He debido aguzar el ingenio para poder alimentarme con bichitos astutos y precavidos, como el bicho de cesto, que envuelve su capullo con un lienzo y que, además, lo adorna con palitos secos y duros como espinas.

¡Cualquiera traga eso!

Había que buscar un procedimiento para comerse al bicho sin la envoltura... Y lo he descubierto.

Arranco los bichos de cesto de las ramas donde están sujetos y los deposito en montón, uno por uno, en el suelo. Terminada esta tarea, me poso en una rama baja y observo.

Al sentirse desprendidos del árbol comienzan a salir de la casa; exploran el terreno y se deciden a caminar, arrastrando tras sí el capullo, para trepar de nuevo por algún tronco... Es el momento oportuno: con rapidez que no da tiempo a nada salto, trago a los que están afuera y me vuelvo a mi puesto de observación... Así pasan los apetitosos gusanos a mi buche, separados de su incómoda vivienda.





EL CABALLO DE MADERA

Tengo cabeza, crines, barriga, patas y cola. Corro, corcoveo y me empaco. Puedo galopar horas enteras.

Ayer me montó Pochongo. Excelente jinete. No usa látigo ni espuelas. Me quedé quieto hasta que estribó y se afirmó en la montura. Entonces levantó un poco las riendas, echó algo el cuerpo hacia adelante, hizo como un beso largo con los labios, y comprendí en seguida que deseaba que caminara.

Salí al paso; un momento después trotaba; luego, el jinete apretó un poco las piernas y me gritó: "¡Hip! ¡Hip!", y comencé a galopar.

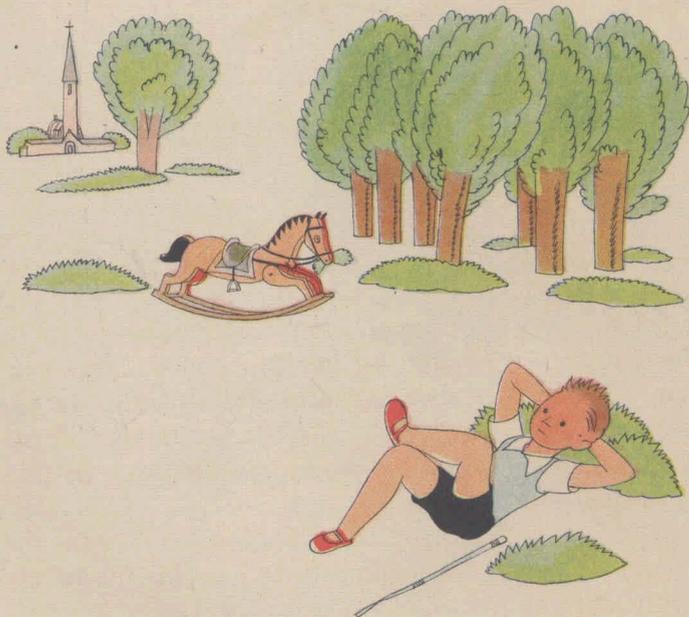
Primero, fuimos a la casa de abuelita. Bajó y me preguntó si tenía sed.

Volvió a montar y en un galope llegamos a San Isidro.

Allí, en un sitio muy lindo, me soltó para que comiera. Me metió un manojito de pasto en la boca y se echó en el suelo a descansar. Estaba mucho más fatigado que yo.

Después de un rato emprendimos el regreso.

Ahora proyecta Pochongo ir en mi lomo hasta la estancia de su tío Ismael, en el Azul, y es seguro que irá. Luego, contará punto por punto cuanto ha visto.





LA PLUMA Y EL LAPIZ

La Pluma. — Antes a las plumas de escribir las cortaban...

El Lápiz. — ¿Cortar el acero? Me parece difícil.

La Pluma. — Es que se escribía con gruesas plumas de ave, y el valor de la pluma dependía de la habilidad para cortarla. Por eso todavía se oye decir: "Su bien cortada pluma", lo que significa que la persona aludida escribe bien.

El Lápiz. — Algo semejante pasa conmigo. Escribo con mayor o menor habilidad según quien me saca punta.

La Pluma. — Sin duda, nos parecemos.

El Lápiz. — Somos una cosa diferente en cada mano.

La Pluma. — Nuestro mérito depende de quien nos maneja.

El Lápiz. — Así es. Lo mismo puedo hacer un dibujo magnífico que un garabato.

La Pluma. — Yo no soy responsable de que me hagan escribir groserías o mentiras. Me gustaría escribir siempre expresiones llenas de nobleza y palabras de verdad. La mentira envilece aun a la pluma que la escribe.

El Lápiz. — Yo puedo hacer dibujos muy bonitos.

La Pluma. — Yo también soy capaz de dibujar; pero dime: ¿es cierto que aquí sólo te emplean para apuntar la ropa de la lavandera?

El Lápiz. — El dueño de esta casa me utilizó el domingo para anotar en su cartera algo de suma importancia.

La Pluma. — Tú... cosas de importancia... ¡No sé qué te diga!

El Lápiz. — Bien sabes que en los primeros días estuve en el escritorio... Pero la vida tiene muchos cambios... y como mi vida es larga...

La Pluma. — ¿Larga?... ¡Si cada vez te veo más corto!

El Lápiz. — Viviría mucho si no fuera por esa mala costumbre de sacarme punta. ¡Tan esbelto que fuí y me voy convirtiendo en un enano!...





Fuí el rey de las alturas. Sobre mí no había nada más que el Sol. Mi trono estaba en los Andes. Mi vuelo majestuoso constituía un espectáculo admirable.

Sólo yo contemplé el paso heroico del ejército libertador de San Martín a través de la imponente cordillera. Ese era como yo. Veía lejos e iba adónde quería.

Todas las aves me temían; todas las aves veían en mí el supremo poder y lo más grande y poderoso que andaba encima de la tierra.

Pero ahora han aparecido unos pájaros inmensos,

que me dan miedo... y tengo que esconderme. ¡Ahora yo soy quien teme!

Pasan sobre las más altas cumbres, con estrepitoso vuelo, revisándolo todo. Vuelan con tal rapidez que yo no podría alcanzarlos... Si me encontraran en su marcha, con un leve golpe de sus gigantescas alas me harían caer hecho pedazos.

Mi única salvación sería matar la cría, cuando es muy pequeña, para que la especie se acabara... Pero, por más que los miro hasta que se pierden de vista, aún no he podido descubrirles el nido. Tampoco los veo comer ni tomar agua.

¡Ya no soy el señor de las alturas!

Ahora yo también tengo que enseñar a mis hijos a esconderse, como hacen las demás aves cuando nosotros nos aproximamos.

¡Hay que buscar los más seguros agujeros en las montañas!





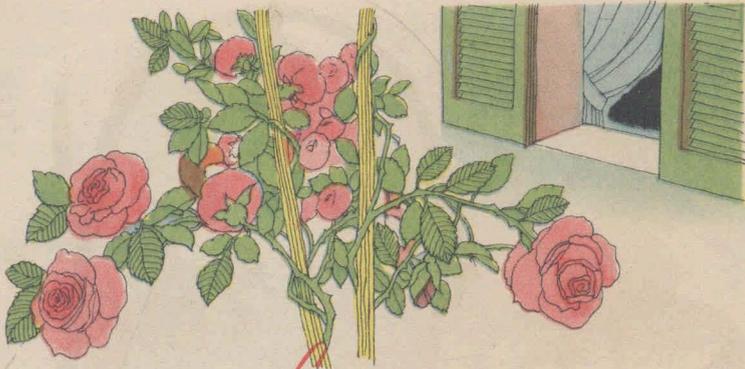
EL BALDE

Los dos estamos atados a una cadena, los dos somos centinelas; pero el perro posee casa; yo duermo a la intemperie, aun en las noches de invierno, cuando mi agua se hiela de frío... ¡Se equivocaron al hacerme la casa y resultó este brocal!...

El perro avisa si llega gente extraña; yo chirrió con mi roldana para anunciar que saco agua.

Mientras el perro entra y sale de la covacha cuando quiere, a mí me zambullen en el pozo cuando menos lo espero, y bajo y subo, arrastrando la cadena. Sin mí esta gente moriría de sed, pues nadie más que yo se atreve a bajar al pozo, oscuro y frío. ¡Sólo un valiente puede hacerlo!

Mi mayor alegría es quedar lleno de agua sobre el brocal, a la hora de la siesta. Entonces mis mejores amigos vienen a visitarme confiadamente, porque soy incapaz de hacerles daño. Charlan conmigo y recogen con sus piquitos gotas de agua, como si fuesen un tesoro... ¡Oíd cómo me saludan con sus trinos desde los árboles próximos!



L ROSAL

¿De dónde saco mis flores? ¿Cómo les doy forma tan bella y las pinto y las impregno de esa esencia deliciosa con que embalsaman el ambiente?

Mis flores dicen bien cuánto trabajo. Como el minero sube desde lo hondo de la tierra hasta la superficie los tesoros de la mina, yo busco allá abajo con las raíces los elementos necesarios para las flores y los subo hasta la punta de mis ramas.

Vivo para embellecer el mundo...; y aun así sufro a veces la visita inesperada de una hormiga... Es una exploradora. Sube por mi tronco, examina mis ramas y desciende... Poco después, comienza a llegar y trepar por mis indefensas ramas un ejército de hormigas... Es la guerra, el asalto, la conquista más cruel que pueda concebirse. Porque los países pueden defenderse de los bandidos; pero yo debo soportar inerte la mutilación y el despojo.

Mientras parte de esa canalla destroza sin piedad mis hojas y los más tiernos tallos, otra turba avarienta recoge en el suelo lo que cae, para transportarlo al hormiguero... Llego el día y desaparecen... ¡Ellas prefieren, como los asesinos y los ladrones, las sombras de la noche para consumir sus crímenes!



LA HORMIGA NEGRA

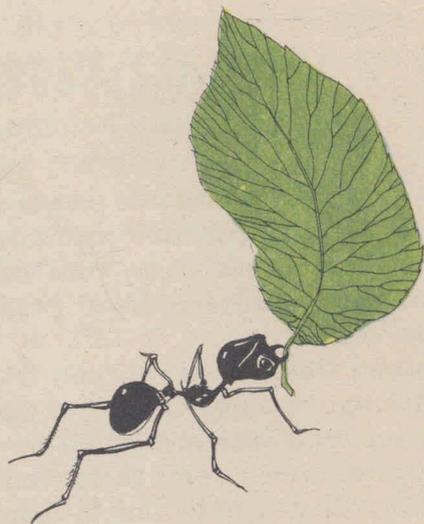
Soy el animal de cabeza más pesada en proporción al cuerpo. ¿Ello significa que soy muy inteligente? Por lo menos, necesitaría serlo, para defenderme del hombre, que me persigue, porque pretende que yo viva del aire.

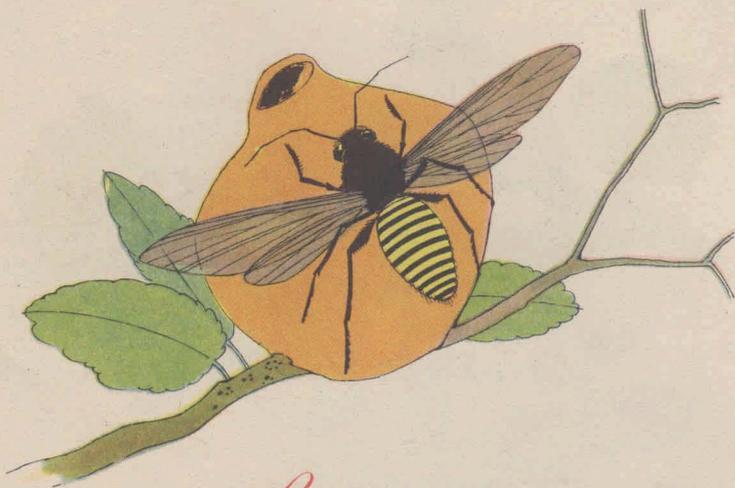
Sólo cuando llueve o hay mucho frío renuncio a mi tarea. Arrastro granos, tallos y hojas que pesan veinte y treinta veces más que yo. Si un hombre, en relación a su peso, tuviera tanta fuerza como yo, podría llevar una carga de dos mil kilos, o más aún.

Verán ustedes que muchas veces nos detenemos a conversar unas con otras: es para comunicarnos los peligros, los sitios donde abundan provisiones y demás novedades.

Nuestro hormiguero es una gran ciudad, con calles, habitaciones y depósitos de comestibles. Unas hormigas se encargan de traer los alimentos, otras de su conservación, otras de la limpieza general, otras de cuidar a los pequeños, otras abren, arreglan y ensanchan los caminos... Cada cual tiene su tarea... Velamos con amorosa solicitud por el bienestar y la seguridad de nuestra reina.

Anoche casi pierdo la vida. Habíamos subido a un rosal y cortaba yo una hojita rica, tierna y jugosa, cuando fui sorprendida por el jardinero. Huí aterrorizada y milagrosamente me salvé de la muerte... ¿Quién hace comprender al jardinero que el rosal crece para servirnos de alimento?...





LA AVISPA

Nosotras las avispas fuimos alfareras y fabricantes de cartón mucho antes que el hombre.

Para elaborar cartón se raspa la corteza de los árboles y este material se mezcla con la propia saliva. Estos avisperos, como los de barro, contienen riquísima miel, que sirve de alimento a la colonia en la estación del invierno, cuando no hay flores.

Otras avispas vivimos en parejas y no fabricamos miel; pero somos las más hábiles alfareras. Hacemos con barro nuestro artístico nido, dándole forma de jarra, tinaja, botijo o ánfora.

El nuestro es un cántaro. Parece increíble que sea la obra de nuestras mandíbulas y de nuestras patitas. Este cántaro, que pegamos a una rama o a un muro, contiene un huevo y también un bichito que servirá de alimento para la larva que nacerá y que luego se convertirá en una avispa como nosotras.

Esta obra de arte es toda nuestra vida y toda nuestra historia.



LA LENTE BICONVEXA

Habíamos ido a pasar un día de campo, en pleno bosque, a orillas de un arroyo.

Cuando llegó la hora de hacer fuego para cocinar los alimentos, resultó que la leña estaba algo húmeda y que el viento apagaba muchos fósforos. Después de un rato oí:

— ¡Se apagó el último fósforo!...

Hubo un momento de silencio. Parecían preocupados.

— ¡Ya sé! — exclamó Pepito. — Fíjense lo que tengo en mi bolsillo — y me sacó.

Todos me miraron sorprendidos. Rieron los chicos. Una señora dijo:

— Es una broma de Pepito.

— Yo haré fuego — dijo Pepito.

Puso un gran pedazo de papel al sol bajo la leña y, colocándome a cierta distancia, esperó unos minutos.

Primero el papel echó humo; después se levantó una llamarada; ardió la leña y al rato había un excelente fuego.

Parecía yo la cosa más inútil en aquel paseo, y hasta sospecho que me llevaron por casualidad... Ya ven ustedes que no se puede despreciar a nadie y que conviene no ser egoísta cuando se va de paseo.



A ELEFANTA

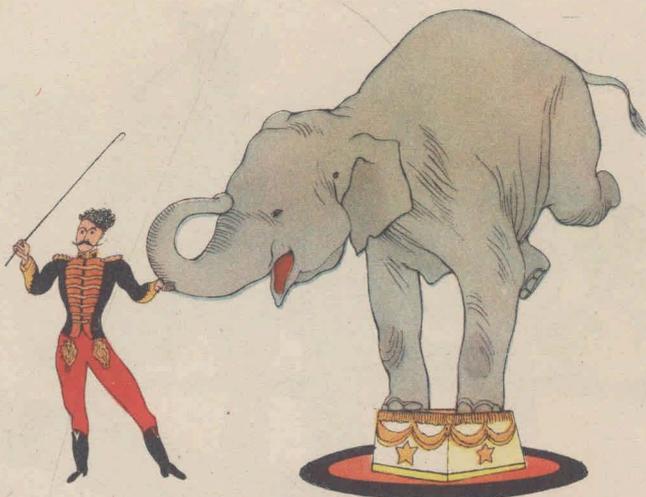
Seis años hace que vivo en cautiverio... Gozas al verme danzar o subirme al taburete; gozas... ¡porque no imaginas cuánto padezco en esta vida de circo!

Yo no he nacido para ser acróbata. Puedo arrastrar grandes pesos, arar, empujar troncos de árboles... Aprendería con gusto esas tareas. Pero condenarme a hacer piruetas es falta de respeto hacia la naturaleza y crueldad sin excusa.

Acaso no has pensado en los crueles castigos que soporto.

El hombre que me exhibe tiene un palo con un garfio de acero... y mi trompa está llena de las desgarraduras que me produce cada vez que me equivoco o me retardo en algún ejercicio.

Muchas veces, de noche, cuando todos se han retirado, ensayo lo que me enseña, para evitarme nuevos castigos.



Comprendo todo; observo lo que hace la elefanta que nunca es castigada, ansío desempeñarme lo mejor posible; pero soy muy pesada, y algunos ejercicios me resultan difíciles.

Ayer no pude mantenerme sobre el taburete. Estaba enferma; había sentido frío en la noche. El hombre, sin dejar de sonreír, me metió el garfio en la trompa. Bramé de dolor...

Era otra falta grave. Lo comprendí en seguida. Me miró fijamente; bajé la cabeza. ¡Sabía lo que me esperaba!...

Cuando quedamos solos me hizo salir de nuevo al redondel y clavándome el acero, me dijo:

— ¡Enójate ahora!

Yo temblaba de terror.

Puso el taburete en el centro de la pista:

— ¡Sube! — y subí. — ¡Muévete ahora! — rugió, mientras empuñaba furioso su palo teñido con mi sangre.

— ¡Baja!... ¡Sube!... ¡Quieta!... ¡Sube!...
¡Quieta!... ¡Baja!...

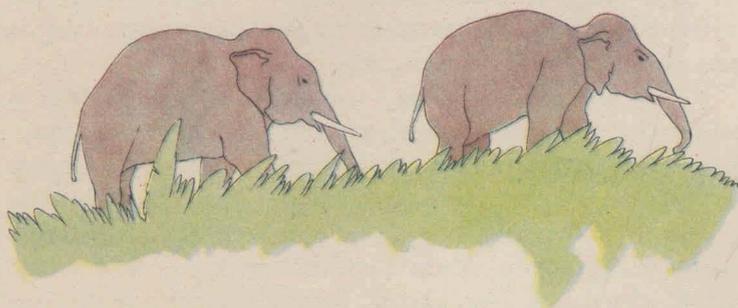
No sé cuánto duró este espantoso martirio. Hería sin compasión.

Por fin, me llevó al box, donde me tuvo cuarenta y ocho horas sin probar alimento.

Al repartir el panecillo durante dos días a las demás compañeras, delante del público, simuló que no alcanzaba casualmente para mí...

Otra vez que me veas en el circo, mírame bien...

¡Los ojos tuyos y los de todos los espectadores no alcanzarían para llorar lo que yo sufro!...





L OMBU

Dicen que soy inútil, porque mi tronco no sirve para leña; porque no han encontrado empleo para mis hojas; porque nadie quiere comer mis frutos... No piensan así estos criollos amigos míos que en cuanto comenzaron a edificar la casa me plantaron al lado de ella y contemplan con alegría mi desarrollo.

Soy la poesía de la pampa, el refugio de los pájaros, el amparo del rancho contra los fuertes vientos que en mí sacian su furia.

¡No sirvo para nada, y enseño a ser valiente y esforzado al aguantarme aferrado a la tierra, bajo huracanes que arrancan de raíz a los más altos eucaliptos!...

¡No sirvo para nada, y la gente se pasa las horas calurosas gozando de la frescura de mi sombra, que posee, sin duda, cualidades benéficas, porque los niños crecen sanos, las mozas y las ancianas están alegres y los hombres son laboriosos, honrados y hospitalarios!

Si seré grande, que los niños, cuando juegan, reunen bajo mis ramas, en rodeos y corrales, rebaños de ovejas y manadas de vacas y caballos... ¡y todavía sobra sitio!... ¡Por algo será que juntan todo aquí, dejando el campo desierto!



✓ A MAESTRA

Les hablo diariamente de muchas cosas... Permítanme que hoy les hable un poco de mí.

Al elegir trabajo, busqué uno de utilidad para mis semejantes. Me sedujo el amor hacia ustedes.

Para ser maestra tuve que estudiar, dar exámenes, conquistar mi diploma. Para cumplir mis deberes debo ordenar mi vida, con el fin de entregarles mis energías.

Ayer dijo una niña que yo trabajaba por el dinero, y nada más. Esta niña fué injusta. Todos necesitamos que se nos pague, porque con el dinero hemos de comprar lo necesario para vivir, pero hay alguna diferencia entre vivir para juntar dinero y vivir formando los futuros ciudadanos y las futuras madres.

Hace diez años que soy maestra. Si se me pregunta dónde está mi fortuna; sólo puedo mostrar a mis alumnos, y tanto como ellos valen, tanto es mi

tesoro. Vivo dedicada a ustedes; no transformo en dinero mis energías... Pido a la niña aquella que arranque de mi corazón la espina que le clavó, sin pensar en mi dolor.

La aludida se levanta, avanza hacia la maestra, la besa y vuelve emocionada a ocupar su asiento.

A un alumno presente también debo decirle que me mortifica mucho, porque no desea aprender y distrae a los demás.

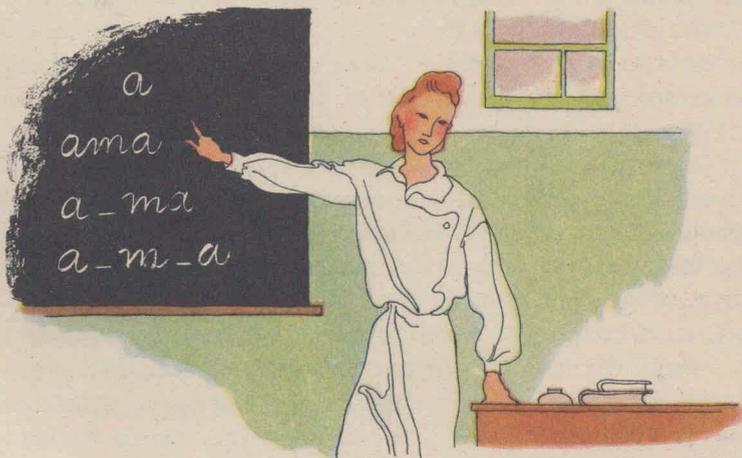
Cuando un carpintero trabaja en su taller, o un pintor pinta una pared, o una maestra enseña a sus alumnos, no es justo burlarse de ellos, o imposibilitarles la tarea. El más humilde obrero anhela consideración para su obra.

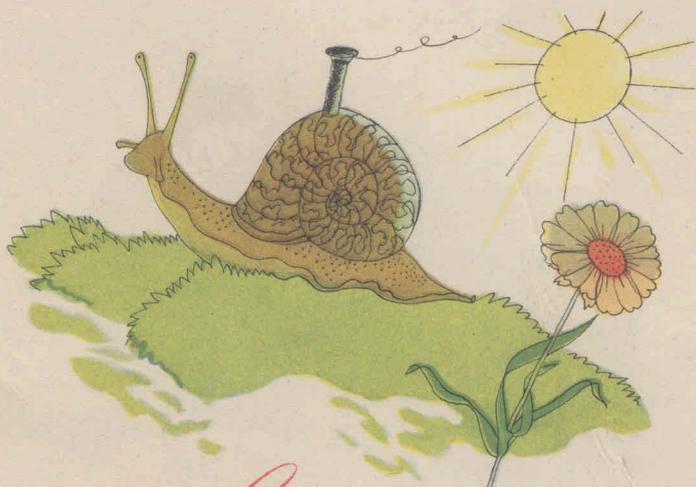
Si ese niño desea evitarse una pena para lo futuro, que se ponga de pie y declare que no repetirá su mala acción.

Un alumno se pone de pie; la clase le imita; y en un silencio conmovedor avanza y tiende su mano a la maestra. Ella la oprime y dice:

Se honra a sí mismo quien confiesa su falta y se arrepiente de ella.

Y ahora, hijitos míos, a trabajar. ¡Que no transcurra este día sin dar un paso más hacia la felicidad!





EL CARACOL

¡Caracol, caracol, saca los cuernos al sol! —
¿Por qué me dicen eso? ¿Dudan, acaso, de que yo tengo cuernos como el toro?

A mí me hace mucha gracia ver a los demás bichitos en busca de casa... ¡Es tan fácil construísela uno mismo, y hermosa y confortable!

Preguntarás por qué ando con mi casa a cuestas. Es porque temo que se meta en ella algún intruso cuando salgo para comer, pues hay millares de bichos que quedarían encantados si pudieran habitarla. Y los desalojos son siempre mortificantes.

¿Has visto los huevos blancos y redondos que pongo entre la hierba y las hojas secas, debajo de las plantas, al pie de los árboles? De ellos salen preciosos caracolitos.

¿Te has fijado que debajo de los cuernos grandes, cada uno con un ojo en el extremo, tengo otros más pequeños que me sirven para el tacto? Con ellos reconozco cuanto toco.



LA AZADA

Ciertamente el trabajo ennoblece: mi mango, que era tosco, está liso, afinado y lustrado; mi hoja de acero, bruñida por el roce con la tierra, parece de fina plata.

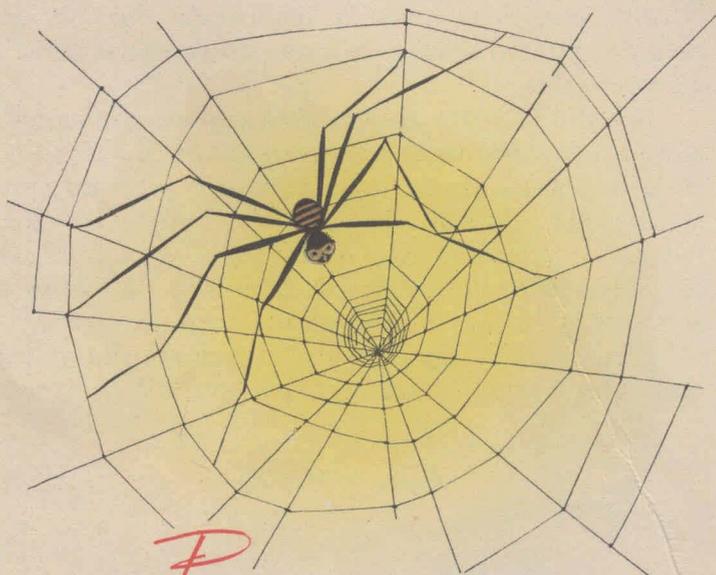
Si me habéis visto cavar y trazar surcos conoceréis mi fuerza y mi habilidad.

En la escarpida también soy muy útil.

Las buenas y multiformes hortalizas, nacidas en almácigo, plantadas con esmero, regadas con abundancia, sólo desean engordar tranquilamente y lucir a pleno sol sus ingenuos colores aldeanos.

Pero se sienten indignadas, palidecen, claman por mí al ver su sitio invadido por yuyos angurrientos, venidos no se sabe de dónde, que se siembran ellos mismos y que prosperan en forma sorprendente.

Llego, y los malandrines invasores tiemblan. Soy para ellos espada, guadaña, hacha y sepulturero. Desaparecen, y en la tierra limpia, negra, menuda y sustanciosa, las hortalizas vuelven a engordar y a lucir sus colores.



*P*ATAS LARGAS

Seguramente ustedes me conocen. Mi sitio preferido es el techo de las habitaciones. El plumero de palo largo es mi peor enemigo. Mi tela vale poco, comparada con la de otras arañas más hábiles; pero ciño con mis hilos a la presa tan rápidamente que queda en seguida inmóvil.

Ustedes sabrán que las arañas echamos un chorro líquido de unas glándulas que tenemos en el vientre, y que estos chorros, en contacto con el aire, se vuelven hilos sólidos y resistentes.

Si me veo en peligro, con extraños y bruscos movimientos en círculo doy la impresión de ser un animal grande y fuerte; de esta manera hago huir a mis enemigos.

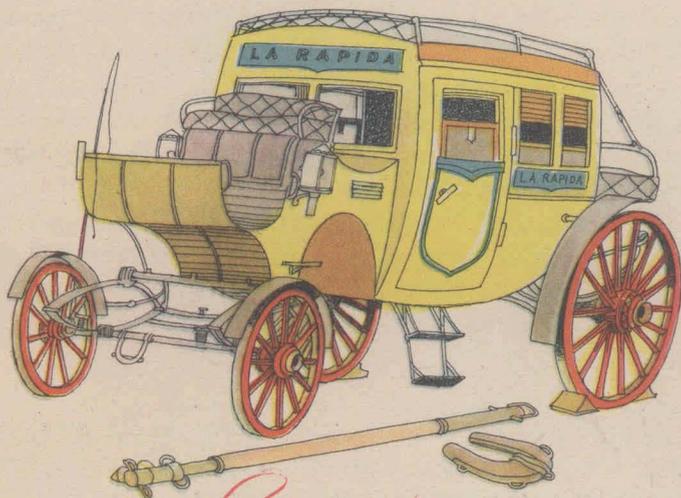
Cuando pongo mis huevitos — la última vez puse 36 — los encierro en una bolsa de tela resistente hecha por mí. Luego, tomo esta bolsa entre las mandíbulas y no la suelto hasta que nacen las arañitas.

Enorme sacrificio, pues la incubación dura 29 días; pero es lo único seguro para que otras arañas no se coman mi cría.

Un día la bolsa se agranda: es porque las arañitas han nacido y empiezan a separarse entre sí. Se colocan en la tela a mi alrededor. Hacen un precioso efecto. Varios días permanecen quietas, bajo mi amparo; luego, se diseminan para buscarse la vida... Muchas de ellas mueren por falta de alimento. Aquellas que sobreviven llegan a ser grandes como yo.

¿Saben a qué me parezco?: A una semilla de cardo con ocho hebras solamente, que son mis ocho patas.





LA DILIGENCIA

¿Por qué me tienen encerrada aquí, en este museo, a mí que me gusta tanto andar por los caminos, subir y bajar cuestras, sentir el sol y la lluvia?

¿Dónde está mi mayoral, que manejaba las riendas con maestría, y el cuarteador, que galopaba infatigable delante de los caballos de tiro, enderezando mi lanza hacia uno y otro lado, para evitarme saltos y volcadas?

Los caballos, ¿seguirán esperándome inútilmente en las postas?... ¿Correrán los arroyos que yo pasaba?... ¿Cantarán aún los pájaros en los montes de ceibos, mimbres y sauces llorones, a cuya sombra solíamos detenernos para aliviar la jornada?

Recuerdo que, cierta vez, ante un arroyo muy crecido, los pasajeros le pedían, temerosos, al mayoral que desistiera de vadearlo; pero él dijo que no había

peligro y se echó al agua... De los caballos sólo se veían las orejas; la fuerte correntada nos arrastraba... Entonces, el cuarteador, al verse en peligro de muerte, sacó el cuchillo de la cintura para cortar la cuarta, quedar libre, ganar la orilla y salvarse; pero el mayoral, de pie en el pescante, entre los gritos de los pasajeros, cuya única esperanza de salvación era el cuarteador, sacó un arma y amenazó matarlo de un tiro si nos dejaba abandonados.

La correntada lo arrastró todo... Sólo se salvó un pasajero, que era gran nadador. Se ahogaron, asimismo, los caballos enredados en los tiros... Días después, al descender las aguas, me sacaron a tierra firme.

¡Era duro, por cierto, cuando no había puentes ni caminos pavimentados, andar largas distancias por la campaña y a fuerza de coraje arrostrar toda clase de peligros!





LA CIGARRA

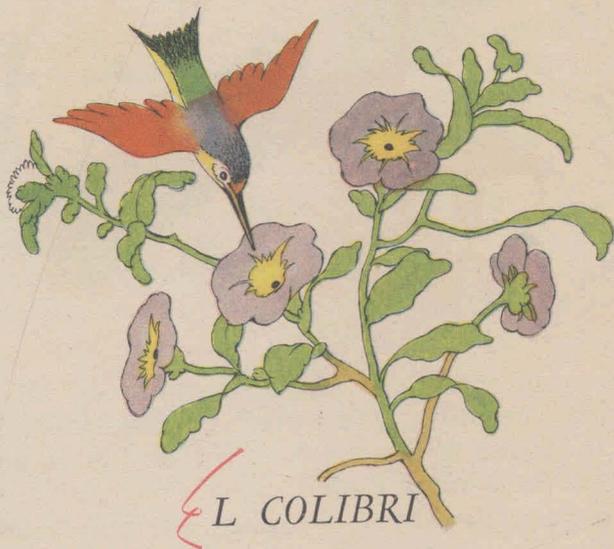
Cuando se quiere citar un ejemplo de laboriosidad se recuerda a la hormiga; cuando se desea enseñar los tristes resultados de la pereza y de la imprevisión se me nombra a mí.

La culpa de esto es de quien escribió la fábula titulada "La cigarra y la hormiga", según la cual, mientras la hormiga se afana en abastecer sus almacenes de provisiones para pasar el invierno, yo no hago más que cantar... y... ¡naturalmente!... al llegar los fríos me veo en la vil miseria.

Reconozco que la hormiga, aunque avara, codiciosa y dañina, es muy trabajadora. Lleva cuanto puede a su ciudad, y más de lo necesario.

Yo también trabajo. Agujereo la corteza de los árboles con mi lanceta y chupo la savia. Canto de alegría, porque de veras me alegran los días hermosos y cálidos. Pero durante el invierno no podré sufrir hambre, porque moriré al acabarse el verano, después de poner los huevos de los que nacerán nuevas cigarras.

Si oyes condenar mi falta de previsión para el invierno di que es una injusticia, pues cuando lleguen los primeros fríos ya habremos desaparecido todas las cigarras que ahora cantamos en las acacias y en otros lindos árboles que nos alimentan.



Caigo del cielo como una joya temblorosa al llegar la primavera.

Soy el más pequeñito de los pájaros. Mi plumaje parece hecho de rubíes y zafiros, topacios y esmeraldas.

Me alimento del néctar de las flores.

Muevo las alas con tanta rapidez que producen un zumbido y es imposible verlas mientras vuelo. Soy el único pájaro que vuela hacia atrás, retrocediendo pequeñas distancias.

Mi nido, primorosa cunita suspendida de dos finas y altas ramas, es una delicada obra de arte.

Me llaman colibrí, picaflor, pájaromosca. Los indios guaraníes me decían mainumbí, nombre precioso por cierto.

Mi vida en cautiverio es imposible.

Dejadme andar libremente en el jardín. ¡Soy el alma de la luz que va besando las flores!



LA AGUJA DE TEJER

¿Soy un lápiz? No; los lápices escriben en papel. ¿Una pluma? Las plumas no pueden escribir sin tinta. ¿Un pincel? Los pinceles recogen los colores y los extienden sobre lo que han de pintar. Yo formo el objeto y al mismo tiempo le doy los colores.

Esta señora trabaja conmigo desde que era joven. Si me equivoco, me obliga a rehacer la labor, con paciencia y sin enojo.

Me gusta más cuando está sola conmigo, porque entonces ella me mira y piensa en mí. ¡Quién sabe no soy hija de la picana! Tengo la misma forma, y así como ella guía a los bueyes por el surco, guío yo la hebra de lana por los senderos del tejido. Mi dueña suele cantar en voz bajita, como el boyero.

Soy de hueso; pero cuanto más me meneo más lisa y suave me pongo y más me asemejo al marfil: la actividad ennoblece.

Hemos tejido abrigos muy hermosos y de bonitos colores. Espero que mi dueña seguirá utilizando mis servicios mucho tiempo, pues cada día me equivoco menos y cada día me quiere más.



LA LLUVIA

— ¡Perecemos de sed! — dicen los árboles.

— ¡Ya no nos quedan más que las raíces! — claman los pastos.

— ¡Ven! ¡Ven! ¡Lávame las hojas y las flores! — suspiran las madre selvas.

Y cuando llego, la naturaleza entera se alegra y rejuvenece.

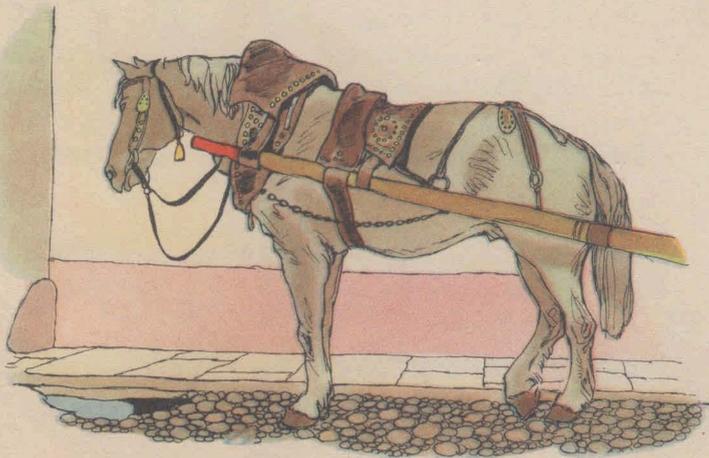
¿Qué sería el campo sin mí? ¿Quién riega como yo los huertos y los jardines?

A veces hago daño; pero no puedo evitarlo.

Una noche fui la aflicción de una avecilla. Por más que ella abría las alas, yo empapaba y cubría a sus pequeñuelos. Eran cuatro, gorditos, colorados, sin plumas todavía... Llené el nido... ¡Y al día siguiente amanecieron muertos en el suelo!

Esa misma avecilla, sin mí moriría de hambre y de sed.

Tú, que has de ir a la escuela con la molestia que te causo, ¿has visto qué bien limpio la ciudad en pocas horas?



EL CABALLO

Soy bueno, trabajador y entrego al hombre todas mis energías.

Yo no necesito que me castiguen. Basta que el amo me haga comprender lo que desea de mí.

Para andar bien reclamo en quien me maneja lo mismo que un motor: inteligencia y suavidad.

Quien castiga a su caballo no es buen jinete: lo asusta y corre peligro.

Domados con cariño, somos más dóciles, más vigorosos y más activos.

Me gustaría preguntar a muchos conductores si piensan que tenemos la boca de hierro. ¡Qué modo de tirar de las riendas!... ¡No sé cómo no se compadecen del infeliz que aguanta todo el día el suplicio de unas manos tan groseras y torpes!

Verás, también, caballos flacos y tristes, mostrando la torpeza, la brutalidad y la ingratitud del dueño.

Te pido que recuerdes que usan látigo los que no saben manejar las riendas.

Y cuando te digan que un caballo es malo, un pobre caballo que tiembla de terror, dí, ¡y Dios te lo pague!:

—Maloes su amo por su brutalidad y su ingratitud.





EL TRÉBOL DE CUATRO HOJAS

Me buscaba una niña, y yo no lo sabía. Me buscaba todas las tardes, pacientemente, revisando una por una las plantitas.

Al hallarme dió un grito de alegría, me arrancó de mi planta y corrió para mostrarme a su mamá, diciendo:

— ¡Aquí está!... ¡He conseguido un trébol de cuatro hojas!

Algunos días después me hallaba en una casa de cristal con bordes de oro y pendía de una cadenita del pecho de la niña.

Dicen que significo la felicidad y es conveniente que yo les explique esto. Soy la felicidad porque quien me encontró posee virtudes que equivalen a ella.

Esta niña, en efecto, al buscarme todos los días hasta descubrirme mostró prolijidad, paciencia y perseverancia. Represento la dicha de quien empeña sus energías en lo que se propone.

Cuando mi dueña busque algo, lo encontrará; cuando emprenda una tarea, la concluirá; querrá ser cada día más buena, y lo será.

Ella posee la felicidad que se puede esperar en esta vida: la que cada cual gana con su esfuerzo.



EL HACHA

Sola, soy incapaz de hacer daño; pero cuando una persona se apodera de mí, y me levanta y me deja caer, caigo como algo terrible, y destrozo y hago pedazos cuanto se halla a mi alcance.

No hay cuchillo, ni espada, ni machete que corten como yo.

He matado — ¡ay de mí! — árboles magníficos. Al sentir el tajo gimen de dolor. Cuando la gran herida divide el tronco, vacilantes y como mareados, buscan en el cielo apoyo con sus ramas. Al abatirse, dan un pavoroso grito.

¡Soy el más desdichado de los verdugos!... ¡Me obligan a matar a los seres más buenos de la tierra!



EL BOTIN VIEJO

Al verme ustedes abandonado entre la hierba, después de haber andado tanto por el mundo, pensarán que no sirvo para nada. No obstante, puedo contarles algo de lo mucho que he visto en esta vida, ya que ahora tengo boca y tengo dientes, y me he vuelto conversador.

Un día me visitaron dos ratones y resolvieron hacer su nido en mí. Poco después nacieron ocho ratoncitos. Pero otro día el jardinero se acercó adonde yo estaba; los ratones padres huyeron despavoridos; el jardinero me levantó y se dirigió al estanque... Los ratoncitos iban tan asustados que no atinaron más que a temblar y apretarse entre sí... Entonces ocurrió algo extraordinario... A los ratoncitos les nacieron alas; mientras el jardinero caminaba hacia el estanque, las alas crecían, y cuando ya iba a arrojarme al agua los ocho ratoncitos salieron volando, convertidos en esos pajaritos que andan siempre por el jardín y que llaman ratonas...

Sorprendido el jardinero, abrió la mano y caí otra vez entre la hierba, donde recibo la visita de un grillo que me distrae en mi soledad con su música.



EL GRANO DE MAIZ

Mi cultivo era el más importante en América antes de la conquista. Tengo fama de sabroso y succulento.

Si me pones bajo tierra me transformaré en una planta de jugoso tallo y anchas hojas, la cual producirá varias mazorcas.

Si los granos que nacieran de todas las mazorcas todos los años fueran sembrados, al cabo de poco tiempo la tierra quedaría cubierta por maizales, y mis mazorcas formarían montañas.

Bueno es que sepas que pudiera ocurrir todo eso y más aún... si aquella perdiz caminara en otra dirección...

Pero viniendo, como viene, hacia aquí, es imposible que sus ojos de lince no me distingan, y es imposible que, divisándome, me desperdicie.

Se aproxima... ¡Dentro de unos segundos estará su pico abierto sobre mí!

En vez de dar origen a millones de plantas y de mazorcas quedaré, acaso, convertido en una pluma de sus alas.



LA ABEJA

Soy la hormiga del cielo. En vez de caminar, vuelo; en vez de dañar a las plantas, las beneficio; en vez de ocultar debajo de la tierra mi tesoro, lo deposito al alcance del hombre.

Llevo de flor a flor el polen que cambia la flor en fruto.

Mi colmena está formada por cajitas de cera para guardar la miel. Todas estas cajitas son hexagonales.

Como el escritor reúne sus pensamientos en el libro, como el músico armonías en su composición, como el pintor colores en el cuadro, así juntamos dulzuras en nuestra miel.

Aunque pequeñas, somos ejemplo de laboriosidad y de orden.

¿Te gusta nuestra miel? Puedes tomar una parte para ti. Alcanza y sobra para que la colmena viva durante el invierno, cuando las flores son pocas y el frío no nos permite trabajar.

Mi colmena es una ciudad llena de trabajadores. A los zánganos no los toleramos. Nuestra reina es querida y respetada. Damos la vida por ella si algún peligro la amenaza, pues ella nos la dió; ella es la madre de todas nosotras.

¿Te parece mal que tengamos aguijón?...

Si eres bueno no me temas. Conozco a mis amigos.

Necesitamos defendernos de los animales que nos atacan y de los hombres que no respetan nuestra vida y nuestra obra. Nosotras no podemos hablar, no podemos explicarnos, y ofrecemos la dulzura y el dolor: cada cual puede elegir.

Así, tarde o temprano, hace la vida en todo y con todos los seres.





"PALITO"

Aquel día estaban observándose con desconfianza tres mastines en el centro de la calzada. Yo iba en busca de algún hueso para saciar el apetito; pero, al verlos, me dirigí hacia ellos. El más corpulento me miró con desagrado, me olió, y enseñóme los dientes con un gruñido inquietante. Atemorizado, huí; pero, en ese momento, pasaba un automóvil y me rompió una pata. Aullaba lastimeramente, perdía sangre y no podía caminar.

Una señora se detuvo, me miró... ¡y me llevó a su casa!

Allí me lavó la pata, la entablilló, la vendó, me dió un poco de leche y me puso en una cama muy confortable.

Sentí entonces vergüenza de ser un pichicho vagabundo, con el hocico sucio y la piel llena de polvo.



La señora me cuidó cariñosamente. Cuando ya podía andar sin dificultad, me llevó hasta la puerta de calle y me dijo: — ¡Bueno, amigo, ya está curado! Ahí tiene usted la calle por su cuenta.

Me hice el desentendido.

— Le he dicho — repitió mi protectora, entre enojada y risueña — que se vaya a su casa.

Me senté en el umbral y levantando la cabeza cuanto pude clavé los ojos en aquella persona que olía a santa.

— No me iré; no me iré por nada del mundo — decía con los ojos y con la cola.

A la señora le pareció que lloraba de pena al verme despedido, y dijo:

— Está bien. ¡Quédate!

Mi vida fué muy distinta después de mi desgracia y de mi suerte. No salí nunca a la calle sin la señora, y por más perritos que encontrara y por más ladridos que oyera no me separaba de ella la distancia de la cola

Cuando llegaba al borde de la acera me detenía y esperaba que ella diera los primeros pasos, antes de cruzar la calzada. Nadie hubiera reconocido en aquel modelo de perro educado, limpio, silencioso y sin pulgas, al pichicho vagabundo que alborotara el barrio con sus ladridos y peleas.

Estaba un día de guardia en la puerta de calle, cuando pasó por la acera de enfrente un perrito con una pata ensangrentada. Haciendo una excepción salí solo, lo alcancé, se detuvo y me enteré de que le habían roto una pata, como a mí. Entonces, le dije que me siguiera, y me dirigí a mi casa.

Despacito atravesamos el zaguán. Yo, siempre adelante; él siempre detrás; yo avanzaba y él también; me detenía y él se detenía...

Por fin, llegamos al lado de la señora.

Ella notó que le mostraba al herido, indicándole que estaba como yo antes, con la pata rota, y que había que curarlo.

La señora aceptó sonriente al nuevo enfermo, y desde ese día somos dos los guardianes modelos de la casa; dos los que debemos eterna gratitud a esta señora, que tiene olor a santa.





*E*L CIEMPIES

¡Grave ofensa para mí llamarme insecto!... Los insectos tienen seis patas; yo tengo ochenta, y a veces más aún. Habrán notado ustedes que cuando se habla de las extremidades de un animal se dice patas; pero al referirse a mí se dice pies, lo que señala una apreciable diferencia, digna de tenerse muy en cuenta.

Con mi cuerpo achatado y mis largas y frágiles piernas subo y bajo por las paredes de la casa como por una escalera.

Me encantaría ser zapatero o pedicuro; pero ya tengo mi oficio: limpio la casa de larvas y bichitos, que distingo a distancia con mis ojos saltones.

¡Mala cría las arañas, que no tienen nada más que ocho patas! ¡Cuánto afean al hogar con sus peli-grosas telas!...

Desempeño mi tarea, cuidando que no me vea nadie, porque la gente me persigue, debido a que no se halla bien enterada de mis funciones y me atribuye, equivocadamente, no sé qué fechorías.



LA MESA Y LA SILLA

La Mesa. — Quitate de ahí... Me estorbas.

La Silla. — Me iré a aquel rincón; verás que sin mí no sirves para nada.

La Mesa. — ¿Que no sirvo para nada? Sirvo para comer, para estudiar, para dibujar, para escribir...

La Silla. — Si yo te ayudo... Lo primero que hace quien se te acerca es sentarse en mí.

La Mesa. — Habías dicho que te irías al rincón...

La Silla. — ¿Ves?... Ahora que lo dices no me da gana de hacerlo.

La Mesa. — Es que no puedes separarte de mí. Me necesitas demasiado.

La Silla. — Preferiría que fuéramos amigas... Oye: yo también tengo algo de mesa... Más de una vez los chiquitos de la casa escriben colocando su cuaderno sobre mí.

La Mesa. — También yo tengo algo de silla. Chicos y grandes en algunas oportunidades se han sentado en mí.

La Silla. — Además, bien mirado, debemos ser hermanas. Las dos estamos hechas de madera...

La Mesa. — ... y traspasadas por los mismos clavos...

La Silla. — ... y nos complementamos en el trabajo.

La Mesa. — ¡Bueno! Seamos amigas. Te perdono los golpes que sueles darme.

La Silla. — ¿Jugamos juntas?

La Mesa. — Juguemos a nuestro juego: al que quede más tiempo sin moverse.





LA PLOMADA

Algunos pensarán que soy un bicho raro, porque tengo la cabeza muy pesada y el cuerpo fino, largo y flexible.

El albañil me aprecia debidamente. El sabe que para hacer una pared no bastan agua, cal, ladrillos y arena... Debo intervenir yo. Sin mí la pared entera se vendría al suelo, por buenos que fueran los materiales empleados.

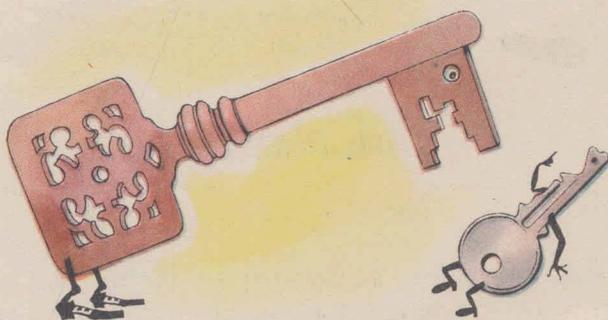
El me toma del cuerpo y me pone con la cabeza para abajo. Y yo le digo: "Va bien. Está en línea". O si no: "Va mal. Hay una hilada de ladrillos mal colocada".

Una pared es una cosa muy sencilla. Se pone un ladrillo, después otro, y otro, y otro... Luego se extiende una capa de mezcla y se vuelven a poner más ladrillos... "¿Habrà cosa más tonta que llamar para esto a un albañil?... ¡Parece mentira que se considere como un oficio realizar esta tarea y que se precise aprendizaje!..." De tal manera piensan las personas vanidosas e irreflexivas, lo mismo cuando se trata de una pared que de otras obras. Y con gran desenfado comienzan ellas mismas a colocar ladrillos y a extender cucharadas de mezcla... Pero cuando la pared alcanza regular altura se viene abajo con gran sorpresa del presuntuoso constructor.

Exactamente lo mismo pasará con tu vida. Vas poniendo actos y palabras unos sobre otros: los actos son los ladrillos; las palabras, la mezcla... Cuida conservar la línea y alcanzarás la dignidad y la dicha.

Tu vida es una pared. Tu plomada es la conciencia.





LA LLAVE ANTIGUA

Ustedes habrán visto en el museo unas enormes mulitas llamadas gliptodontes, cuyo caparazón podría servir de casa a una familia humana.

Nosotras, las llaves viejas, junto a una llave de hoy hacemos igual efecto que un gliptodonte al lado de una mulita.

Soy grandota, de hierro macizo y peso mucho. Antes, todas las llaves éramos así y a nadie se le hubiera ocurrido llevarnos en un bolsillo.

Mi responsabilidad era grande y había que ver con qué solemnidad movía yo el grueso resorte de la enorme cerradura... ¡Vuelta a la derecha!... ¡Vuelta a la izquierda! Lo mismo que un soldado.

Mis únicos alimentos eran la grasa y el aceite. Como era muy gritona, en cuanto chirriaba un poco me daban de comer para que me callara.

¡Cómo cambian las cosas de este mundo! Pensar que ahora, puertas tan grandes como las antiguas y más pesadas aún se cierran y se abren con llaves pequeñas, endebles e insignificantes a mi lado. Hacen, no obstante eso, el mismo trabajo, y hasta poseen más inteligencia que yo, pues los ladrones las respetan más.



✓ A GAVIOTA

Floto en el mar como espuma; pero las tempestades no me deshacen. Mis alas son de águila.

Tengo mi casita algo retirada de la costa. Allí crío a mis hijuelos. No les diré dónde, hasta que todos comprendan que es un crimen quitármelos.

Dicen que como demasiado. Como mucho, porque vuelo horas enteras. El buque que mucho anda gasta mucho carbón.

Soy pescadora y práctica de puertos. Cuando llegan los buques, yo les sirvo de guía. Me pagan arrojándome comida. Al salir para alta mar igualmente aprovechan mis servicios.

En cuanto aclara me dirijo al mar y empiezo mi

faena. Mas si me ven ustedes regresar a mi paradero en tierra al poco rato es porque tenemos un día sin peces. Me toca ayuno, y descanso, a causa de los vientos y de las corrientes que han llevado la pesca hacia otros sitios.

Pescadora, soy amiga de los pescadores. Conmigo no se cumple el viejo refrán que dice: — “¿Quién es tu enemigo?... El de tu oficio”. Yo les indico dónde les conviene echar la red. Una vez le oí decir a un viejecito que iba con otros en una barca:

— No; aquí no. Vamos allá, adonde andan las gaviotas.

Era donde estaba yo. Tanto abundaban los peces que no podíamos comer más. ¡Me sentía tan pesada que apenas podía volar!





✓ LA TIERRA

Cuando en las mañanas frías y luminosas la reja del arado me separa los labios, y mi húmedo aliento se mezcla al del buey arador, hablo como madre de todos ustedes, niños y hombres, y digo cosas que no debierais olvidar jamás.

Porque el hombre, al presumirse dichoso lejos de mí, se traiciona a sí mismo, como ladrón de su paz y despilfarrador de sus jornadas.

Yo le hablo del sol y del cielo estrellado; de las nubes que se desploman cantando de lo alto como pájaros inmensos privados de repente de las alas; de los vientos olorosos de lejanía, de selvas misteriosas, de ignorados rebaños... , tesoros perdidos para el que vive en la ciudad. Porque Dios le dió al hombre un mundo en la naturaleza, y él se inventó otro...

Amo a cada simiente lo necesario para hacerla germinar; amo también al buey, forzado a recorrerme paso a paso desde hace millares de años, en solicitud del alimento para la humana especie, que nunca se ha compadecido de él, ni le dió premio ni paga.

Novia eterna del hombre, me engalano con los mejores atavíos en cada primavera para brindarle mi feracidad.

Madre hacendosa, madre previsora, trajino con el sol y lo convierto en espigas y frutos que forman vuestra sangre y vuestra carne.

Día y noche, recojo y almaceno las energías de los astros, que los hombres no saben recibir, y la piedad divina, que tampoco aprovechan, y se derrama de sus corazones.





EL GRILLO CAMPESTRE

Vivo en la tierra. Mi casa es obra mía y es toda mi fortuna. Gracias a ella no me devoran mis numerosos enemigos, que son todas las aves, las cuales me apetecen como a sabroso manjar.

Aun en mi casa, debo estar siempre alerta. En cuanto noto la presencia de un intruso lo palpo con mis largas antenas: si es más débil que yo le aplico con mis zancas un par de coces que lo convencerán de que allí está de más; si es más poderoso que yo huyo rápidamente por la otra puerta, porque para estos casos, justamente, hago dos puertas de salida.

Prefiero la noche para buscarme el alimento y para tomar parte en la orquesta... Porque, como ustedes

sabrán, nosotros, los grillos, somos músicos. Nuestros élitros son nuestros instrumentos.

¡Aviados están los sastres si me esperan como cliente!... Varias veces, durante mi desarrollo, la piel me resulta chica, porque he crecido, y un buen día me la quito toda entera, tan entera que muchos niños la confunden con un grillo muerto... Debajo tengo otro flamante traje.

No me atrevo a atacar a ningún ser vivo. Me alimento de bichitos muertos y de vegetales, que mastico con mis fuertes mandíbulas.

En el Japón y en España nos venden en jaulitas, como a los pájaros. Comprendo que les encante nuestra música, pero bien pueden escucharla sin necesidad de tenernos prisioneros... ¡Bien dicen los que dicen que el arte trae infinitas amarguras!





EL CHINGOLO

¿Qué te pasa, amigo Chingolo? Durante la noche me desperté varias veces y oí que cantabas: “¡Los huevitos son míos, míos!...” (*)

— Una cosa extraordinaria, Cabecita Negra. Figúrate que teníamos tres huevitos. Eran preciosos, con pintitas celestes. Dejamos, mi compañera y yo, un momento el nido porque debajo del limonero andaban muchos bichitos. La tierra removida por el jardinero nos brindaba un banquete... Revisamos uno por uno los terrones...

— ¿Debajo del limonero, dices?

— Sí, pero es inútil que vayas... Oye mi cuento, que es algo prodigioso. Dejamos un rato el nido, como te decía, y al volver nos quedamos helados de sorpresa... ¡Un pájaro negro salía de allí!... Al verlo, dije: ¡Se ha comido los huevitos! — y me puse a llorar.

— ¡Qué atrocidad!

— Llegamos al nido... contamos los huevitos...
¡En vez de tres, había cuatro! ¡Uno era todo blanco! (**)

— ¡Mientes, amigo Chingolo!

— Te digo la verdad.

— Pues es maravilloso. ¡Nunca he oído nada semejante!

— Ahora son cuatro. Tendremos cuatro hijitos en vez de tres... ¿Qué me dices?...

— Te digo que la vida está llena de misterios.

— Por eso me has oído anoche y me oirás siempre decir: ¡Los huevitos son míos, míos!... ¡Porque tenemos miedo de que vuelva el pájaro negro y nos quite lo nuestro!



(*) Los niños rioplatenses dicen que el chingolo repite con su canto dicha frase.

(**) El tordo, que no hace nido, aguarda y aprovecha la momentánea ausencia de otros pájaros, y preferentemente del chingolo, para poner sus huevos en nido ajeno. Pone uno en cada nido. Los chingolos crían al intruso igual que a sus propios hijos, a pesar de que el volumen, las largas patas y el color no tardan en marcar una notable diferencia con los hermanos de cuna.



EL ANCLA

Viajo como tripulante; no me dan uniforme ni camarote; pero cuando hay que fondear nadie más que yo se aventura a deslizarse hasta tocar fondo y aferrarse allí, sujetando el barco, para que no se mueva de su sitio.

Hay que tener coraje y hay que saber agarrarse, porque el barco es grande y el agua empuja con fuerza.

Cuando el temporal es muy violento y el buque garrea me arrastro penosamente, procurando hacer presa en la arena y en las rocas. Como un bulldog verdadero, sólo muerdo cuando se me ordena hacerlo. Pero soy brava y por eso me tienen siempre atada con una gruesa cadena. Clavo mis colmillos donde puedo y con verdadera furia.

¡Que arrojen como a mí a cualquier otro marinero, a ver si no se ahoga; a ver si sujeta el barco como lo sujeto yo!



Hay misterios muy grandes en la vida, y el más grande de todos es que me hayan traído a este jardín, donde no hay laguna, ni cigüeñas.

A mí me gusta la vida del campo. Yo no sé cómo se puede vivir sin laguna y sin otras cigüeñas. Cuando yo era joven, mi madre, muy viejecita, quedó ciega. La infeliz se acercaba a la laguna y allí se estaba horas dando con su pico en el agua y en la arena, extrañada de no descubrir un pez, ni una mosca siquiera. Cada día se ponía más flaca. Entonces yo me aproximaba a ella y esperaba a su lado. En cuanto atrapaba algo lo ponía justamente en el sitio donde golpeaba con su pico. Contenta la pobrecita, tomaba el animal, lo apretaba varias veces y lo tragaba. El segundo bocado era para mí; el tercero para ella, y así siempre.

Así vivía mi madre, y ya no estaba flaquita como antes.

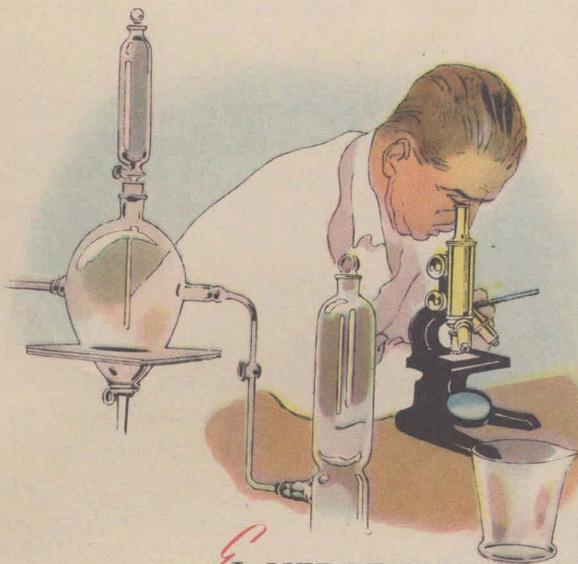
Un día pasaron dos hombres; pensé huir, pero recordé a mi madre y me quedé. Sentí un golpe en esta ala, caí, y ¡se acabó la laguna! ¡Se acabó todo lo bueno de la vida!

¿Para qué quiero ahora mi gran pico? ... ¡Igual me sería el de un pato o una gallina!

Encuentro la comida sobre el pasto. Todos los días tiene igual gusto.

Quieta, aburrida, triste, aguardo que los que me trajeron me lleven otra vez a mi laguna.

¡Bien pueden poner aquí una cigüeña de porcelana y permitirme volver junto a mi madre!



E L HEROE MODERNO

Hay mucha diferencia, amigos míos, entre las conquistas del pasado y las que yo realizo.

Antiguamente, se llamaba glorioso al que triunfaba con la espada.

Seguido por sus soldados, se internaba en tierra extraña para someterla a viva fuerza. El héroe era, en rigor, aliado de la muerte.

Los medios de que se valía para conquistar poderío y fama eran brutales y crueles.

Sus victorias dejaban el país asolado, los hogares deshechos, los campos sembrados de cadáveres. Miles de madres y de huérfanos lloraban en medio de las ruinas.

El propio pueblo triunfante vestía luto y sollozaba. Su ejército también había sufrido los horrores de la mutilación y de la muerte.

Por fin se ha comprendido que no pueden ser la desolación, la ruina y la matanza el objeto del heroísmo.

mo. Ya no es un honor apetecible el que se gana con el dolor ajeno.

Y van surgiendo otros héroes: los héroes de la vida; los héroes más modestos, más humanos, cuyo triunfo no exige ruinas, ni lágrimas, ni sangre. Buscan el sacrificio personal y no el ajeno. Su victoria es el bien para todas las naciones.

Tal la nueva estirpe de héroes. Tal la gloria que hoy se anhela.

Afrontamos peligros mucho mayores que los de una batalla; nos jugamos la vida en busca de un beneficio para la humanidad; desafiamos y vencemos dificultades múltiples; peleamos contra las enfermedades, contra la ignorancia, contra todos los males que cierran el camino hacia la felicidad.

Decid a vuestra madre que por mí no llorará; decid a vuestro padre que no lo despojaré del fruto de su trabajo.





No puedo estar en todas partes a un tiempo; pero trabajo sin cesar. Limpio el cielo de nubes, llevo los gérmenes de unas plantas a otras para que sea posible la germinación; muevo los molinos que extraen agua desde las profundidades de la tierra.

Aquella lavandera se disgusta conmigo porque tardo en llegar para secarle la ropa que ha lavado; allá un buque, inmóvil en medio del océano, aguarda que yo sople sus velas para navegar.

¡Imposible conformar a todos a la vez!

Voy velozmente para detener las aguas que inundan una comarca y sin querer, al pasar, derribo postes de telégrafo, paredes, árboles...

Suele ocurrir que en el afán de empujar las nubes para que caigan en lluvia sobre sembrados moribundos de sed paso por tierras de maíz y de trigo, con altas



plantas cargadas de suculentas espigas y... ¡las do-
blego tanto que ya no se yerguen más!

En ciertos días vengo de regiones heladas y enfrío
muy rápidamente una nube, cuya agua se congela
y cae granizo, afligiendo a los labradores. Acabo de
salir del desierto, que es fuego que a mí mismo me
quema, y encuentro en mi camino seres delicados y
frágiles, como las flores, que se marchitan al tocarlas.

Hay niños que se hacen llevar por mí en carritos
con una vela como los buques. Esto me agrada mucho.
Hay señoras que gustan de que yo les seque la cabe-
llera, después que la han lavado.

Ayer, una chiquita se había alejado bastante de
su mamá, correteando por el campo en pos de una ma-
riposa. De pronto cae en un gran charco de agua cu-
bierto de musgo... Está en peligro de muerte. —
¡Mamita!... ¡Mamá!... — gritaba. Pero nadie la
oía.

Yo iba para hacer flamear las banderas en la gran fiesta cívica, porque las banderas, sin mí, parece que no tienen voz ni alma.

Al oír a la chiquita me desvié un poco de mi camino, y recogiendo sus angustiosos clamores los conduje adonde estaba la madre con otras personas. Fueron a tiempo para salvarla de perecer ahogada.

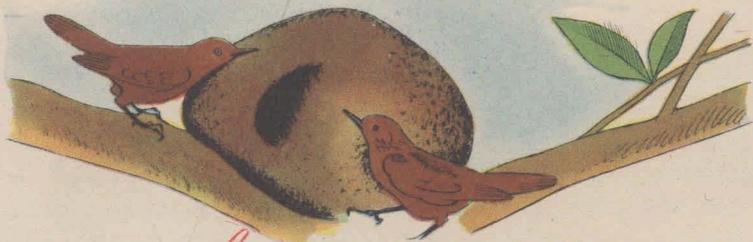
¿Oyes? Descanso un momento y comienzan a desarmarme...

No me acordaba que es tiempo de cometas y allá por el oeste... por el sur... por todos lados... ¡cuántos niños me esperan!...

Antes tengo que ayudarle a encender el fuego, junto a su choza, a una pobre viejecita... ¡Y la leña está húmeda! ¡Y ella ha soplado tanto que le duelen las mejillas!

—¡Voy!... ¡Voy!... ¡Adiós!... ¡Pronto vuelvo!





LOS HORNEROS

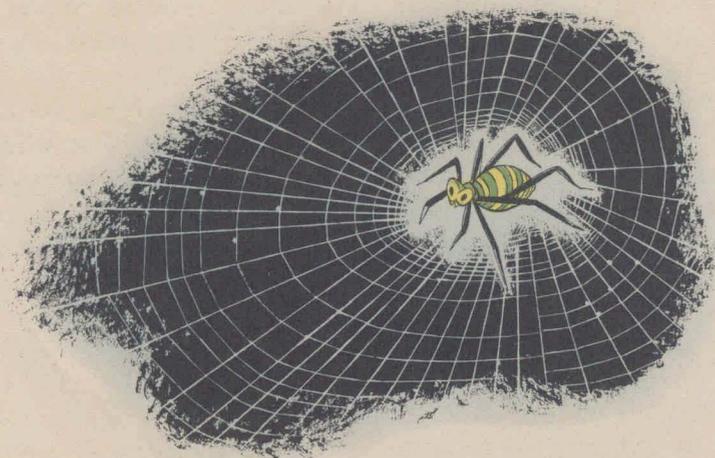
¡Barro y paja menuda, y a bailar, con vigoroso zapateo, y a mover con bríos el pico, para que la mezcla salga buena!

¡Bien, bien batido... para que la casa sea como de piedra y resista los vientos y las lluvias!... No tenemos balde, ni pala, ni carretilla... ¿Habrá albañiles más pobres que nosotros?... Solamente disponemos de nuestro pico para acarrear el material... ¡Vuela, vuela, en un ir y venir que parece que no acabará nunca!

Mezclamos el barro con paja desmenuzada para darle mayor consistencia. Lo batimos muy bien y con el pico lo llevamos al sitio elegido para construir el nido. Este nido nuestro es una verdadera casa, de recias paredes, con techo a prueba de lluvias; una casa, en fin, sólida y confortable. Tiene dos habitaciones: la primera nos sirve de sala y dormitorio; en la segunda, criamos a nuestros hijitos. Nuestra casa está siempre perfectamente limpia.

En invierno sufrimos grandes dificultades para conseguir nuestro alimento; por esto nos veréis corretear afanosamente todo el día por campos y caminos. A pesar de nuestra diligencia, muchas veces llega la noche y hemos encontrado tan poco para comer que nos retiramos a dormir hambrientos.

Somos alegres como buenos trabajadores. Nuestro canto infunde gozo y esperanza.



LA ARAÑITA

Fíjate, amiguita, fíjate en mi tela. Ahora brilla al sol y parece de oro salpicada de brillantes. Los brillantes son gotitas de rocío. Tan chiquita como soy, mi obra no tiene una falla.

Yo no sé si sabes para qué me sirve la tela. Quizá supongas que la tejo para pasar el rato o para adornar con ella este jardín... Es que tienes papá y mamá que te dan la comida... Mi tela es una red para cazar, porque yo vivo de la caza. Cuando un mosquito u otro pequeño insecto pretende atravesarla mientras vuela, queda aprisionado entre sus finos hilos. Siento sus movimientos desde mi escondite; acudo rápidamente y con nuevos hilos que secreto aseguro la presa, imposibilitándola para moverse. Después, le chupo la sangre, y quedo alimentada hasta que cazo otro bichito, cosa que, desgraciadamente, no ocurre todos los días. Lo mismo puede suceder que consiga dos o tres presas en un momento como que pase semanas sin probar bocado.

¿Quién me dijo que trabajara? . . . Nadie. Si nací y quiero vivir, debo trabajar. Todas las arañitas han trabajado siempre.

El ser humano, en proporción a sus energías, ha de fabricar también su tela. Unos la hacen con madera, otros de hierro, otros emplean colores, palabras o números; unos se valen de herramientas pesadas; otros, de herramientas livianas, como la pluma o el pincel.

Un pintor que pinta una pared o un cuadro hace su tela como esta arañita. Un marino que con su buque sigue una ruta por el mar es otra arañita que hace su tela. La maestra que va poniendo ideas y más ideas en la cabecita de sus alumnos es otra arañita que teje su tela, la que brillará, como si fuese de oro, bañada por el sol del porvenir.

¿Hay alguna persona que quiera ser menos que una arañita? . . . ¡No hacer nada, no tejer nada, pasarse la vida siempre quieta y esperando que otras personas tejan para ir a pedirles qué comer o para robarles lo que ellas consigan, que es peor todavía!

Sería muy raro encontrar arañitas así. Yo no conozco ninguna.





EL MARTILLO

No sé para qué hay clavos en el mundo. Mi existencia sería absolutamente tranquila si no hubiera clavos. Son mis enemigos. En cuanto aparece alguno, ¡pumba!, duro con él. O rendirse o esconderse.

La gente quiere pasar por martillo muchas veces. Pero, ¿dónde está el cabo? ¿Dónde tienen el hierro?... Yo no lo veo, y, no obstante, se oye decir: "¡Esto, para mí, es un clavo!" Bien es verdad que también dicen: "Tengo que sacarme este clavo de encima", y entonces supongo que quien habla es una tenaza. También suele oírse: "Ese individuo es un clavo". Habría, pues, personas-martillos, personas-tenazas y personas-clavos.

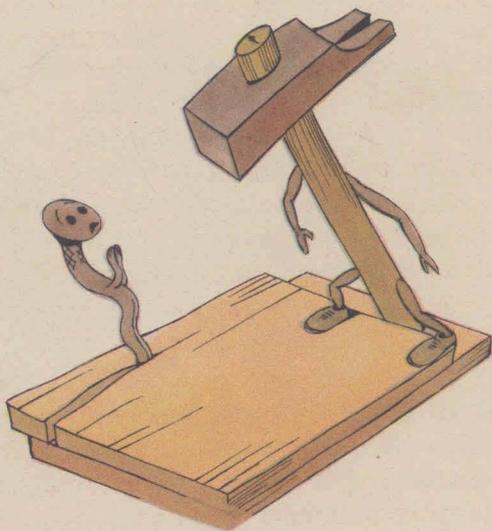
Es verdad que los clavos, que son mi pesadilla, tienen cabeza; pero una mala cabeza. Y el pie constituye un peligro por su aguda punta, que es de interés general que desaparezca de la vista.

Dicen que no hay enemigo pequeño. Gran verdad. Yo no perdono a ningún clavo, así se llame tachuela. Pero no todos los clavos comprenden que es mejor no enojarse conmigo. Hay algunos muy rebeldes y algunos de muy mal genio, que se tuercen de rabia y quieren hacerme frente... ¡Les pego cada golpe que saca chispas!... Conmigo no conviene hacerse el malo. ¡O desaparecer, o doblarse como paja! Esto debieran saberlo todos los clavos.

Los hay que, ya vencidos, completamente fuera de combate, se enderezan de nuevo y vuelven a provocarme. ¡Peor para ellos! Los hundo en la madera y les doy doble, para que les sirva de escarmiento.

Yo pego con la cabeza. La tengo bastante dura. Hasta el presente, ni se me ha agujereado ni me duele nunca.

Pero suele ocurrirme, que, en el furor de la pelea con algún enemigo, se me escapa; pero poco después vuelve a su sitio, y entonces ¡ay del clavo que se envalentonó! Acobardado, se esconde tanto que apenas se le ve. Es la señal de mi completo triunfo.





LA SEMILLA

Grande es el hombre al sembrar; admirable, prodigioso y magnífico. Entonces, el más pobre labriego camina como un rey, parece un rey. El primer rey fué sembrador, seguramente.

El estupendo gesto de la fe — la gran fe en que nosotras germinaremos — borra en el sembrador miserias y flaquezas.

—¡Toma!— le dice a la tierra. Y la tierra, callada y humilde, nos recibe y se dispone al milagro.

Como ahora me ves, podría estar dormida un siglo; pero en cuanto me pongan bajo tierra comenzaré a trabajar, y dirigiré las energías de la tierra en un chorro hacia arriba para formar una planta. A medida que la obra esté más en lo alto, más habrá que

subir en la savia los materiales indispensables para la construcción, tal como suben los albañiles la cal, el ladrillo, el agua para un edificio.

Jamás ha habido entre los hombres arquitectos que se igualen a nosotras en la diversidad de estilos, en la originalidad de las construcciones, en la regularidad y orden de la tarea, en los cálculos de resistencia de materiales, en la armonía y belleza del conjunto. Para llegar a tales extremos de perfección nos hemos especializado. Cada clase de semilla realiza un solo tipo de construcción.

Parezco un negro granito de arena. Pero tengo un proyecto grandioso en mi cabeza. Construiré un árbol inmenso y hermosísimo.



Índice

Este libro	9	La ventana	35
La escalera	11	La mariposita blanca	36
El mosquito	12	El faro	37
Polichinela	13	La pizarra y el papel	39
La jirafa	15	El espantapájaros	41
El gorrión	17	El cardenal prisionero	42
La semilla de cardo	19	La piedra	43
La pelota de fútbol	21	La gota de rocío	45
El buey	23	La escuela	46
La olla	25	La argolla de marfil	47
La oveja	27	El tero	48
El árbol caído	29	El río	49
La carreta	31	La aguja, el hilo y el dedal	51
La puerta	33	Luisita	53

El mamboretá	55	La maestra	107
La pajita de escoba	57	El caracol	109
El burro	59	La azada	110
El ladrillo	62	Patas largas	111
La lagartija	63	La diligencia	113
La copa de agua	64	La cigarra	115
Una planta	65	El colibrí	116
La ratona	67	La aguja de tejer	117
La campana del Ca-		La lluvia	118
bildo	69	El caballo	119
El gusano de seda	71	El trébol de cuatro	
La letra A	72	hojas	121
El pez colorado	73	El hacha	122
El sapo	74	El botín viejo	123
El grano de trigo	75	El grano de maíz	124
El cocuyo	76	La abeja	125
El botón	77	"Palito"	127
Galopito	79	El ciempiés	130
El pájaro carpintero	82	La mesa y la silla	131
El rancho viejo	83	La plomada	133
El ñandú	85	La llave antigua	134
El arado	87	La gaviota	135
La mariposa	88	La tierra	137
El benteveo	89	El grillo campestre	139
El caballo de madera	91	El chingolo	141
La pluma y el lápiz	93	El ancla	143
El cóndor	95	La cigüeña	144
El balde	97	El héroe moderno	145
El rosál	98	El viento	147
La hormiga negra	99	Los horneros	150
La avispa	101	La arañita	151
La lente biconvexa	102	El martillo	153
La elefanta	103	La semilla	155
El ombú	106		

Esta 13ª edición de
Marta y Jorge
de 40.000 ejemplares
en papel Special Off-
set, se terminó de
imprimir el 1º de sep-
tiembre de 1940, en
los Talleres Gráficos
F. G. Perfumo y Hnos.,
con grabados en hueco-
offset realizados en la
Editorial Atlántida.

Obras de Constancio C. Vigil para los niños

Marta y Jorge

El libro que enseña al niño a amar la naturaleza. Décimotercera edición con 150 preciosas ilustraciones en colores de Federico Ribas: \$ 2.80.

Vida Espiritual

Manual para la dignificación del niño (5 artísticos tomos independientes entre sí). Con láminas a seis colores y oro. Cada uno: \$ 1.80.

La Hormiguita Viajera

Cuento. Primorosa edición artística con magníficas ilustraciones multicolores de Federico Ribas: \$ 5.—.

Cartas a Gente Menuda

que por su poderosa influencia educativa es de desear que lleguen a todos los niños. Edición en colores: \$ 2.—.

La Escuela de la Señorita Susana

Lecturas adecuadas para niños de 6 a 8 años. Sexta edición en colores: \$ 1.20.

Mangocho

Relato de la vida infantil del autor, quien se identifica con los demás niños. Sexta edición ilustrada por Federico Ribas, con grabados en colores: \$ 1.50.

¡Upa!

Libro con método original del autor para aprender a leer. (Agotado).

Compañero

Lecturas para niños de 8 a 10 años. (Agotado).

Cuentos

Todos los cuentos de este autor se hallan editados en la "Biblioteca Infantil Atlántida", en libros de gran formato (18 x 27 cms.) impresos en colores con hermosos dibujos y tapas de cartón. Estos libros se venden al precio de \$ 2.— moneda argentina cada uno. He aquí los títulos de la colección:

Misia Pepa	Tragapatos
Los Chanchín	Juan Pirincho
El Mono Relojero	La Hormiguita
Muñequita	Viajera
Los Ratones Campesinos	El Manchado
La Reina de los Pájaros	La Dientuda

También existen ediciones económicas de 81 libritos, cada uno con un cuento y con bonitas ilustraciones en colores, a 10 centavos.

Los precios aquí indicados son en moneda argentina. Dirijanse los pedidos por mayor a Casa Atlántida, Florida 643, Buenos Aires. Para los pagos del exterior calcúlese que un dólar equivale a \$ 4.10 moneda argentina.

EDITORIAL ATLANTIDA S. A.
BUENOS AIRES

